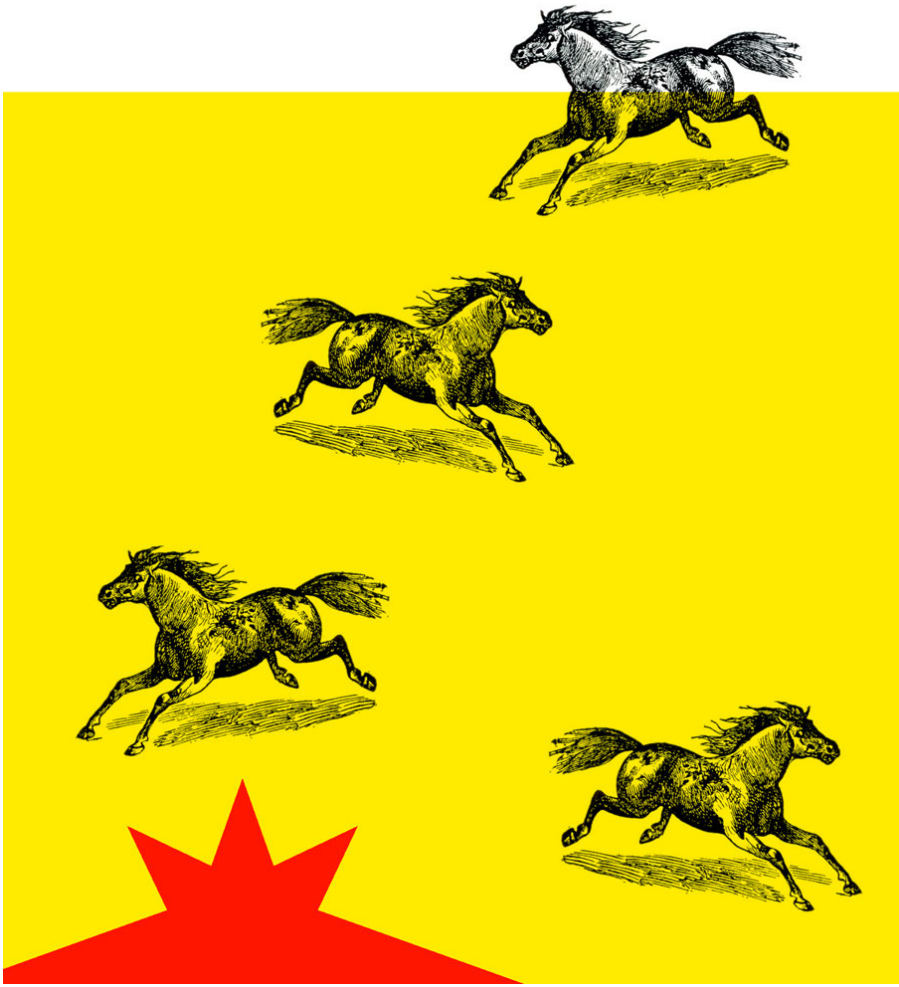
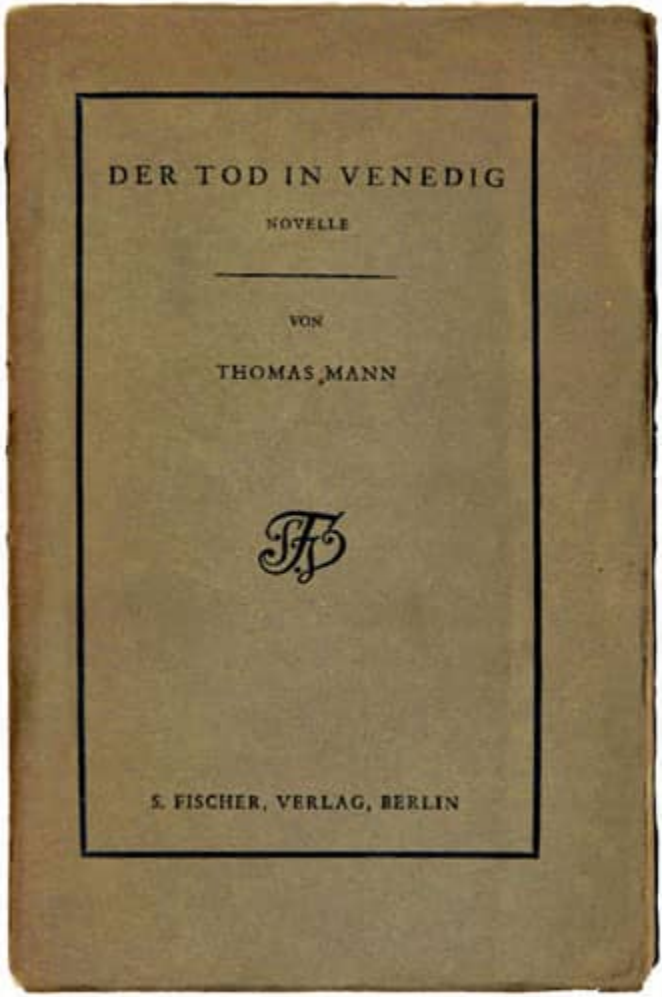
Caballo de verano

HERNÁN RONSINO

Caballo de verano

HERNÁN RONSINO





A Mafalda y Lito

I

LA TORMENTA

Un punto. Piensa en un punto. Apoya el lápiz sobre la canson rugosa. Y

hace el punto. Después espera. Tiene miedo de estropear la hoja. “Cuidalas, son caras”, le dice la madre. Por eso le tiene respeto. Espera. Ahora el punto ya está hecho. Pero no sabe cómo seguir. Mira a su alrededor. El padre aprieta con una mano el vaso de vino. Entrecierra los ojos. Está cansado. Se sobresalta solo cuando el sonido metálico de la televisión hace interferencias, rayas, por la tormenta que se viene. La madre, detrás, bajo la ventana que da al lavadero, cada vez que escucha a su marido sacudirse insiste con que se vaya a dormir: “Andá a la cama”, le dice, “ya es tarde”.

La madre, con una belleza precaria en el cuerpo, prepara la camisa que va a ponerse al día siguiente. La madre consiguió un trabajo. Un trabajo en la gestoría de Gloster. Ángel, bajo la lámpara de la cocina, echado sobre la mesa después de contemplarlos, se lanza sobre la hoja: dibuja a partir del punto. Saca líneas. Aparecen figuras. El dibujo crece, lento (como el hermano que, según dicen, nacerá pronto) sobre la hoja canson. La hoja canson es rugosa. El cielo, sobre el que se montan las tormentas, no es rugoso como en las hojas canson. El padre conoció a la madre en un velorio en Haedo. La madre se llama Leticia Paredes. El padre, Julio Quiroga.

Leticia Paredes no sabe muy bien, no recuerda cómo llegó esa madrugada, porque llegó a la hora más hermosa, según ella, para llegar a un velorio: la madrugada. Llegó de La Plata. Ella nació y vivió en La Plata hasta los veinte años. Había ido a un baile, dice siempre. A un baile a Tolosa. Y

terminó, no sabe bien por qué, después de haber tomado un tren –recuerda unas estaciones oscuras, el movimiento del tren, una mujer que la acompaña– en un velorio en Haedo, a las cuatro de la mañana, charlando con un muchacho del interior. Julio hacía rato que estaba sentado en esos sillones de cuerina verde, con varios pocillos de café encima. Estaba ahí por su amigo, el Gordo Suez: lo había conocido en la colimba. Y a esa hora, a la hora en que apareció Leticia, un poco perdida, borracha y alegre, era el único en la sala. Custodiaba un cadáver que no le pertenecía. Sin querer, ella y él, estaban perdidos en el mismo punto y, reconocidos en el desierto, vieron la posibilidad de ocupar esa zona. Ángel escuchó la historia del velorio en una cena. Escuchó que sus padres se la contaban a unos amigos.

Y él, entredormido sobre la falda de su madre, se apoderó de algunos

detalles. Se apropió de algunos fragmentos mientras se hundía en el sueño.

Por ejemplo: empezó a asociar la palabra Haedo con chocolate. Fue dejando disolver esa idea: la palabra Haedo como un chocolate aireado. Y entonces, en algún momento de la noche, soñó. Soñó que jugaba a ser un muerto.

Soñó que lo velaban en un cajón de chocolate y que las ventanas de la pieza, abiertas, dejaban ver el canal de Suez y por eso entraba un viento fuerte que movía las cosas, que borroneaba los gestos de las caras, como cuando hay tormenta y las caras en la tele se deforman o como cuando hace calor y los chocolates se derriten en el fondo de los bolsillos. Se despertó asustado. Lo despertó su madre, preocupada: "Angelito, mi vida, tranquilo,

¿qué pasa?". Y Angelito, triste y sudado, abrazó a su madre. Pero hay cosas que no se cuentan en esa cena. Todo lo que va a venir después, por ejemplo, no se cuenta. Ellos recién vuelven a verse al año del velorio. Julio había quedado encendido. Ella no. Ella no sabía muy bien cómo había llegado a estar desnuda en el salón contiguo de la casa fúnebre, con un muchacho que le susurraba cosas al oído y la penetraba despacio; un muchacho que solo le despertaba un poco de compasión. Ese día, antes de despedirse, él le pidió un dato. Una dirección: Julio le pidió una certeza que pudiera soportar, darle realidad a ese encuentro furtivo. Y ella le pasó la dirección de la casa del padre, en La Plata. Él guardó el dato como un tesoro. A los dos meses, el padre de Leticia recibió una carta dirigida a su hija. El remitente decía:

"Julio, el amigo de Suez". Leticia, que en realidad había hecho el esfuerzo de olvidar aquel episodio en Haedo, al leer el remitente sintió que algo de la idea que todos tenían de ella, una mujer ligera, finalmente se la había representado a ese vago recuerdo que era el tal Julio, en la piecita contigua de la casa fúnebre donde velaban al Gordo Suez. Y a él le había gustado.

Cómo era posible que ese vago recuerdo se enamorara de una mujer así.

Porque por algo el tipo escribía. Por algo le decía las cosas que le decía en esa carta. En otro momento hubiera sentido lástima de ese hombre. Pero ahora no. Ahora ese hombre la ponía nerviosa. La hacía pensar en cosas que antes no hubiera pensado. Un domingo, fumando en la terraza de su casa, mirando los techos y el cielo de La Plata, apretujando la carta, pensó con claridad que nunca un hombre le había dicho las cosas que ese Julio le decía. O mejor: nunca esas palabras le habían entrado tan profundo, rompiendo la coraza, la

muralla que siempre había sabido levantarse a tiempo. Y se sintió sola. Ese papel era lo inesperado. Entonces se empezaron a cartear. Hubo un encuentro frustrado que fundó de algún modo

la mitología familiar. Porque fue gracioso: Ángel no entendía, hasta que creció, por qué cada vez que contaban lo de la Rotonda de Alpargatas se ponían a reír de esa manera. Recién al año del velorio volvieron a verse.

Fue en los bosques de Palermo. Ella tenía un recuerdo desgastado de él. Y

él tenía una imagen exagerada de ella. Pero cuando se vieron, se equilibraron. Y así empezaron los viajes. Primero él, dos veces al mes, yendo a La Plata. Eso fue durante todo un verano. Él se desorientaba en La Plata. Las diagonales lo confundían. Perdía las marcas. Los puntos de referencia. Estar perdido, pensó una vez, era como estar fuera del mundo.

Ella se divertía con sus extravíos. Ella, sin querer, iba fundando una posibilidad en cada encuentro, en cada abrazo. Hasta que un día le dijo:

“Me voy con vos, a tu pueblo”. La Plata, según ella, se había convertido en un infierno. Era marzo de 1978. Ella susurró, para que no quedaran dudas:

“Esto es un infierno”. Unos días después se instalaron en la casa donde viven ahora: ella tenía veinte años y ese color en la piel, desgastado, como el de las rusas. Al año, nació Ángel. Los infiernos se parecen a tormentas interminables. Pero toda tormenta empieza en un punto. Toda tormenta interminable, siempre, empieza en un punto. Como los dibujos de Ángel.

Después ese punto crece. Y las líneas avanzan en la canson rugosa. Y sobre el cielo de la pampa brota, inesperado, un frente oscuro. El cielo, sobre el que se montan las tormentas, no es rugoso como en las hojas canson. Un día, mientras esperaban al doctor Pasaglia en el consultorio de la calle Belgrano, la secretaria le dio a Ángel un par de hojas y una caja llena de lápices de colores para que se entretuviera. Tenía ocho años. Apoyado en el escritorio de la secretaria, se hundió en la hoja y empezó a dibujar. Esa fue la primera vez que hizo una tormenta: le daban miedo las tormentas.

Cuando de noche se desataba una, corría hasta la pieza de los padres, o prendía las luces. Entraba en un estado de alerta como cuando hay

guerra y se espera un bombardeo. Después de dibujar por primera vez una tormenta sintió un alivio extraño. Cuando la madre descubrió esa obsesión, primero trató de disuadirlo, de entablillarlo como a un árbol torcido: le pedía que dibujara otras cosas, le hacía copiar ilustraciones, cuadros con paisajes serranos. Pero Ángel no podía dibujar otra cosa: las nubes aparecían, negras, monstruosas amenazando los jardines coloridos. Por eso la madre, enérgica, decidió impedirle que dibujara. Desde el verano tenía prohibido dibujar. Y así tuvo que empezar a inventarse espacios, huecos, formas alternativas que permitieran hacer posible el dibujo, porque el deseo de

dibujar era cada día más creciente. En ese tiempo de prohibición había hecho más de setenta dibujos de tormentas. Tenía las hojas escondidas en un rincón del ropero. Si ahora está dibujando en la cocina, después de la cena; si ahora, mientras el cuerpo del padre, dormido, enfrenta la tele que parpadea y hace intermitencias; y ella, la madre, termina de arreglar la ropa que se pondrá al otro día para ir a la oficina alfombrada de Gloster; si ahora dibuja es porque ella le ha comprado un bloc de hojas canson y le ha levantado la prohibición. La madre está contenta: desde que consiguió el trabajo se la pasa cantando bajito una canción en francés. Pero ahora dobla una camisa y le dice: “Mostrame”. Ella piensa encontrarse con otra cosa: un jardín florido, un partido de fútbol, una bandada de pájaros. Ángel se resiste. Ella pide: “Mostrame”. Y entonces Ángel se recuesta contra el respaldo de la silla, dejándole libre el dibujo. Ella espera encontrarse con otra cosa. Un pájaro rojo, por ejemplo. Pero, después de un instante de turbación, grita: “Nene”. Grita: “Julio”. Y el padre se sacude. No sabe muy bien a qué raza pertenece. Unas gotas de vino manchan los mosaicos negros. Se escucha el primer trueno de la noche. Y esas líneas blancas que atraviesan la pantalla de la tele. La luz tiembla. Ángel queda aturdido, por el trueno, por su madre. Mira la canson rugosa. La madre siente que su hijo le está tomando el pelo. Insiste con eso. “Otra vez con eso”. “Julio”. Y el padre trata de volver al mundo. En el sueño ha sobrevolado el agua, con la panza apenas ha rozado la superficie del mar; se sintió un barco, él, todo un barco, abriendo el agua, suspendiéndose, leve, sobre el agua. Pero el grito se filtra en el sueño. Y hay un sonido desparejo y estridente que comienza a sacudirlo. Llueve. El agua golpea las chapas de zinc. Es de noche. El frío, inesperado, se filtra por la claraboya, por los bordes de las chapas, por las junturas de las ventanas. Llueve. Y la luz tiembla con cada embestida del viento. Si el tiempo sigue así, piensa ella, en su primer día de trabajo va a llegar a la gestoría de Gloster con la ropa mojada y los zapatos embarrados; piensa que embarrará la alfombra de la oficina y que será un desastre. Pero ahora le está gritando a su

hijo mientras intenta sacarle la canson: le reprocha eso, de impotencia nomás, cómo es posible que siempre dibujes eso. Lo tiene contra la pared. Y forcejean. Ángel resiste. Ella quiere el dibujo. Hay un instinto, ahí, que se impone: los dos huelen ese deseo de imponerse. Llueve. El viento zumba. Ángel necesita golpear a su madre: puede hacerlo con la pierna derecha, la tiene libre, si quiere puede pegarle una patada con la pierna derecha, hacerle doler. La madre sabe que la

tormenta durará toda la noche y entonces lo aprieta con más fuerza. Pero antes de patearla algo lo frena: piensa en el hermano que, según dicen, nacerá pronto y también descubre a su padre contemplando la escena: lo ve rodeado por una luz que tiembla, lo ve ajeno, absurdo. Eso lo demora, lo hunde en un estado de tristeza (escucha el agua, golpeando en la claraboya, ve de qué modo el agua empieza a filtrarse por las junturas de la claraboya, el agua cae sobre la cabeza del padre). La madre lo suelta. “Estás celoso”, dice. Aprovecha la debilidad del hijo para quitarle la hoja y, manteniendo cierta distancia, rompe la canson rugosa en dos mitades, como si con eso, rompiendo las tormentas que su hijo dibuja, una y otra vez, obsesivamente, pudiera detener esa otra tormenta que cae con violencia, que moja la cabeza de un padre absurdo y hace, por fin, que la luz temblorosa se corte. La oscuridad es un punto infinito. Ahora solo se oyen las voces y los ruidos.

“Ángel”. “Ángel”, grita ella, con los restos de una tormenta en la mano. Las ventanas se sacuden. Hace frío y llueve. “Ángel”. “Ángel”. El chico corre por el pasillo, de memoria, porque no se ve nada: solo percibe rayas, líneas, como relámpagos, que se trazan en el aire. Estira los brazos y avanza.

Siente el corazón acelerado. La puerta del patio está entreabierta. Duda. La noche lo espera. Duda. Pero la voz de la madre se acerca. La noche es un viento frío que zumba. “Ángel”. “Ángel”. Y el chico, por fin, sale, se hunde en la oscura intemperie del mundo.

LA CURVA

Tiene las piernas largas como si fueran dos ríos que se tocan al nacer.

Pero también tiene dos palabras que repite siempre, y un tatuaje en la espalda, y unas manos que acarician como si hicieran pan.

Dice que mató al tío. Y camina descalza porque siente la tierra creciéndole por dentro. Dice que la tierra se le mete por los talones, que le crece al costado de las venas como los cables, o las rutas, crecieron a los costados de las vías del tren.

La tierra la vuelve fuerte. Le permite enfrentar los ojos de la gente. Que si no fuera por la tierra ahora estaría quebrada como un ombú: loca, dice.

Y dice que dejó un hijo recién nacido en un campito de Benítez, hace como cinco años. Las marcas del tiempo las tiene claras. También tiene claras las notas de la cumbia que silba por el medio de la avenida Güemes, cuando la avenida Güemes entra en un declive que parece enterrarse y no solo deja de estar asfaltada sino que además se llena de recortes de ladrillos que se supone deben emparejar los pozos de los alrededores de la Cerámica.

Ahora cuenten ustedes, pide siempre, cuando termina de narrar su historia. Siempre nos cuenta su historia. Y después se pone un tronquito de pasto en la boca, sentada junto al arroyo que lleva los desperdicios de los chiqueros y de la Cerámica. Y le inventamos una historia. Le gustan las aventuras de los guerreros y de las princesas. Le gustan los castillos y las brujas. Le gustan los paisajes que la transportan más lejos de estas ruinas.

Le gustan los tigres.

*

No es de acá, dicen los remiseros de la curva. Vino con los obreros que levantaron los edificios de la Federación y se quedó. Vive atrás de la Cerámica en una tapera impenetrable. Se la ve con perros (les habla a los perros) y se junta con los chicos del monte, que son mucho más chicos que ella. La flaca seguro hijos todavía no debe tener, pero en cualquier momento, de seguir así, ligera, alguien la emboca, dicen los remiseros, sentados en los sillones de mimbre en la vereda de la curva, ignorando la verdadera historia de la chica. Ni siquiera pueden imaginar la escena entre las chapas del rancho en una quinta de Castilla, el tío agarrándola de los pelos, arrancándole la ropa, penetrándola con un oscuro placer en los ojos y

un susurro áspero, constante entre los labios; no pueden imaginar, por ejemplo, los remiseros, cómo fue que, a los seis meses, embarazada, una noche de lluvia en que el tío reincidió, ella, certera, le enterró una cuchilla en el abdomen con la frialdad con que cualquiera corta un

pan al medio; no pueden, tampoco, los remiseros, ver en la cara de la chica la imagen que la persigue cada vez que cierra los ojos en ese colchón viejo de la tapera, dejando a su hijo –porque le parecía que no era de ella, que había nacido sucio– entre fardos secos en un campito de Benítez; no pueden imaginarla aunque digan, inventen otras historias, aunque la vean perderse, ahora, silbando por el medio de la avenida Güemes, mientras se bambolea sobre esas piernas largas, como si fueran dos ríos que se tocan al nacer.

PIE SUCIO

Es navidad. El reloj de pulsera que Emilia me regaló anoche marca las cuatro de la tarde. Acaban de irse todos. Emilia está limpiando la cocina y yo recostado en la reposera azul, en el patio, bajo la sombra del paraíso, sintiendo la suavidad del viento. La pared blanqueada con cal, que da al terreno baldío, está cada día más invadida por una enredadera silvestre, con llamativas flores blancas y amarillas. Parte de la rueda delantera de la bicicleta que heredé del abuelo asoma por la puerta del galponcito de chapa.

Hay restos de petardos, cohetes quemados y corchos desperdigados en el césped cortado ayer por Emilia. La pileta de lona, armada bajo la ventana del lavadero, está cubierta por un colchón delgado de agua espesa y turbia.

El rosal, apoyado contra el tapial de la enredadera y el galponcito de chapa, tiene atados los tallos más crecidos con hilos gruesos y desprende un rojo furioso que atrae no solo mi interés, también el de las tres abejas que zumban a su alrededor. La parrilla, a siete pasos de mí, aún tibia, despide cenizas y a la vez huele, como si fuese un recuerdo involucrado en esa tibieza, al asado que acabamos de comer. Ahora miro el cielo. La claridad me enceguece. Enseguida la intensidad del cielo azul, limpio, profundo, me gana. Un pájaro canta, se oye, lejos. Eso me adormece. Cierro los ojos: veo puntos fugaces, corrimientos de caras, imágenes asimétricas, igual sigo escuchando el canto del pájaro y sintiendo la tranquilidad que me ofrece el mundo externo que supimos construir con Emilia. Ahora ella, Emilia, me llama. Me pide que saque la bolsa de basura, que los basureros pasarán a la tardecita, que si no la basura quedará hasta el martes cuando vuelvan a pasar y se juntarán el olor y los gatos de la loca Ranni. Abro solo un ojo para prestarle atención. Sé que ella me está

viendo y espera alguna respuesta, por eso lo hago. Hay un pequeño silencio, puedo contar cinco respiraciones entre mi respuesta y lo que me dice Emilia: “Levantá el culo, gordito”. Me cuesta levantar el cuerpo, tengo una roca depositada en el estómago: siempre me arrepiento por haber comido con tanto desenfreno y me prometo, me juro, que el próximo año voy a comer liviano. Una extraña frescura se siente bajo la sombra del paraíso. También eso me detiene.

Afuera de los bordes irregulares que dibuja la sombra del árbol sobre el césped, el aire es terriblemente caluroso. En ese aire que no tiene sombras hay tres abejas volando alrededor del rosal y una mosca posada sobre el

extremo de la canaleta roja, que da a la casa de la loca Ranni. Me llega ahora el ruido de los platos en la pileta. El chorro de agua golpeando contra la espuma. No veo, en esa imagen venida del recuerdo, las manos de Emilia. “Dale, gordito, no te duermas”, insiste ella. Y yo reacciono extendiendo los brazos, simulando un bostezo y sacudiendo el cuerpo para expulsar la modorra. Incorporo el torso desnudo. Me mareo un poco. Por eso espero que se acomoden las cosas, que los objetos vuelvan a cobrar cierta fijeza en el espacio. Aprieto, luego, las manos con fuerza en los bordes de la reposera. Los nudillos empalidecen. Sé que si ahora estuviese el Gorrión, tan detallista, resaltaría las franjas coloradas que tengo impresas en la espalda. Contemplo mis pies desnudos. Los dedos chiquitos parecen no tener uña, me dan risa. Ahora miro la ventana donde espero ver la cara redonda y maternal de Emilia. Pero el sol refulge intenso y muestra el reflejo de un par de macetas con flores pequeñas; me muestra la parte descascarada de la pared; me muestra a mí, despeinado, encandilado, gordo.

Me paro. Es un esfuerzo gigante. Apoyo los pies sobre el césped. Una suavidad infantil me ciñe el empeine. A causa de esta grata sensación decido no calzarme las ojotas y caminar descalzo. Cuando la sombra del paraíso deja de protegerme, con la mano izquierda me hago visera y, con la derecha, acomodo mi sexo levemente endurecido. Solo llevo puesta una bermuda, hecha con un jean, al que le corté las piernas. El torso desnudo, lleno de pecas y sin pelos. Alguna vez me dio vergüenza, y creo que todavía sigue dándome vergüenza, mostrarme en las piletas o en las playas con el torso sin pelos y lleno de pecas. Y encima junto al Gorrión, que más que un gorrión parece un oso. Ahora dejo el césped y empiezo a caminar por el caminito de ladrillos que va pegado a la pared de la enredadera. Es como dejar una calle asfaltada y entrar a una de tierra. Siento ese cimbronazo en la planta de los pies. El calor me va picando la piel por eso avanzo apurado sobre los

bordes exteriores. Antes de llegar a la sombra del alero, a la frescura de los mosaicos que están debajo del alero, siento un pinchazo en el pie izquierdo, pero no dolor: la urgencia está puesta en llegar a la frescura que me ofrece, desde lejos, como un oasis, la sombra debajo del alero, es por eso que no me detengo. Entro a la casa. Descubro el alivio posterior a la quemazón, un alivio lleno de ardor. Emilia me dice con su voz maternal, porque sabe que estoy cerca del lavadero, que le alcance la escoba. Yo abro la puerta del lavadero, un agudo chillido corta el silencio, huele a pan de jabón Espuma y no necesito entrar, me basta con estirar la mano: sé que la

escoba está donde tiene que estar, entre el lavarropas y la puerta. En el garaje una mínima claridad me permite descubrir, a través del vidrio amarillo del portón, la forma del auto que hace un mes compré y que fue la admiración de todos, hoy, en el almuerzo. Estoy convencido de que Jorge jamás podrá comprar un auto así, ni con un crédito en cuotas bajas. Me da miedo, a veces, esta secreta alegría que me invade por esa imposibilidad de mi hermano de comprar un auto como el mío. Antes de cruzar la puerta que lleva al living-comedor, me topo con un aire lleno de restos de almuerzo: huele a asado, a limón, a remolacha, a nueces y sidra, a postre de chocolate.

También hay imágenes flotando, por ejemplo: las bolitas de miga hechas por la tía Cristina, en su total hermetismo, en el mismo rincón de siempre junto a la ventana que da a la calle. Cuando empiezo a barrer el living, en medio de una semiceguera, descubro la figura abandonada de Emilia que grita. “¿Qué te pasa, Martín? ¡Sangrás!”. Y se lleva las manos a la boca.

Está tan linda con el pelo recogido y la remera a rayas, con ese jean ajustado y las sandalias de cuero. Sé que está vestida así de memoria, porque hasta hace un rato estuvo vestida así. Ahora solo veo una sombra abandonada que aparece de la cocina. Emilia es una sombra abandonada que viene gritando del lado de la cocina. “Martín, estás sangrando, boludo, te dije mil veces que no camines descalzo”. Y yo miro para atrás y todavía medio ciego no veo la sangre, en gotas, pegada sobre el parquet del living; la sangre forma un camino uniendo las demás gotas que deben estar sobre los mosaicos del garaje, en la entrada del lavadero y, seguramente, en el camino de ladrillos. Me dan ganas de dibujar un mapa político donde cada gota de sangre, según su tamaño, fuera una capital y de esa manera inventaría un país con mi propia sangre. Emilia me grita. Yo no reacciono.

No siento dolor. Tengo la escoba en una mano. Ella, ahora, va en busca del camino que la sangre, hasta el momento, formó. Me dan

ganas de darle el mapa que no hice. Me dan ganas de contarle la idea. Pero no lo digo. Sé que eso empeoraría las cosas. Hace unos días que Emilia está de muy mal humor. Tensa y nerviosa. Duerme apretando los puños y se queja y hace ruido con los dientes. Yo me voy al baño. Entonces recupero la vista. La claridad que entra por la claraboya me permite ver la sangre pegada sobre los cerámicos blancos. Me asusto. Suelto la escoba. Apoyo el pie sobre el borde del bidet. Lo hago girar con las manos. Está sucio entre los dedos.

Lleno de tierra y manchado por el césped. Veo la herida: ahora sí siento el ardor. Emilia golpea la puerta que ha quedado entreabierta; me dice, menos

enojada, pero más preocupada por mi herida que fue un vidrio lo que, seguramente, me lastimó. “A Jorge, mientras trataba de descorchar una botella, se le resbaló y se le cayó en el caminito de ladrillos”, me cuenta Emilia casi en un susurro y levanta la escoba. Meto el pie herido dentro del bidet. El agua tarda en salir. Hacen ruido las cañerías. Me va trepando el agua, me va ganando una suavidad lejana. Cuando el agua se mete en la herida, vuelvo a sentir un leve ardor. La sangre se disuelve, enrojeciendo la blancura del bidet. Emilia me dice que tengo que desinfectarme. Quiere traer alcohol, jabón, gasa, esas cosas. Me pregunta si tengo puesta la antitetánica. “Pero es un cortecito”, le digo y descubro que vuelvo a hablar después de una hora y media, más o menos, desde que se fueron el tío Carlos y papá. Emilia insiste. Yo me seco el pie con una toalla áspera que Emilia me colgó en un hombro. Cuando veo mis pies juntos, apoyados sobre los cerámicos blancos, me nace una tremenda necesidad de lavar el pie derecho, el sano. De emparejarlo. De verlo, también, limpio. Pero Emilia me apura, su presencia, en este momento, me molesta y además empiezan los pinchazos. Por eso desisto. Me siento en el inodoro, abatido.

Emilia se va. Apoyo el pie herido sobre la otra rodilla. Termino de secarlo.

Emilia aparece con la gasa, las vendas, el alcohol. Me da risa. “Está bien, tranquila, mujer”, le digo. Y ella se sonríe, apenas, imperceptiblemente, con un leve movimiento del labio superior. Comienza a curarme el pie. “Hacete el gracioso, ahora, gordito”, me susurra con su voz triste y yo la veo desde arriba, ella agachada, le veo la línea que divide sus pechos, le veo parte de sus pechos y la mejilla colorada y el anillo de casados atrapado en el fondo del dedo. Me pregunta si me lavé bien el pie. Yo asiento, moviendo la cabeza. Tengo todavía una sonrisa en los labios. Las manos tibias de Emilia,

metidas en mi pie, y la frescura del baño comienzan a excitarme. Emilia me venda meticulosa y aplicadamente el pie. Le propongo, hablándole bajito al oído, ir al dormitorio. Ella me dice, besándome la punta del dedo gordo que ha quedado al descubierto, que la espere en la cama, que tiene que terminar de guardar unas cosas. Unas cosas, me dice. No le insisto porque sé cómo es Emilia. Me acompaña hasta la cama. Me lleva como si fuese un herido de muerte. Yo, colgado de sus hombros y saltando sobre un pie. Pero no le digo nada. Aunque sé que lo está pensando. Compartimos más cosas de las que nos imaginamos. Es por eso, supongo, que ella decidió dejar todo, la aventura que le proponía Federico Souza, ese mundo tan a largo plazo, tan frágil. En el dormitorio tropezamos con algunos muebles y sillones del

living, que pusimos ahí para que hubiese más lugar. Me desplomo sobre la cama. Ella me dice que no va a tardar. Me enciende el ventilador de techo, el televisor y baja la persiana que da a la calle. La veo salir. Escucho cuando apaga la luz del baño; también escucho cuando cierra la puerta, el ruido de la puerta del baño, tan inconfundible, como un chasquido metálico y estúpido. Por fin, un silencio, que no es total, me rodea en esta siesta navideña. La voz bajita del Chavo se filtra en el aire y se mezcla con el zumbido lento del ventilador, que me revuelve el pelo. Miro el techo. Por primera vez veo un punto en el techo, una parte del cielorraso saltado.

Extiendo los brazos. Me siento un crucificado. Giro la cabeza, miro la mesita de luz. Hay un vaso con agua, la foto del viaje que hicimos a Mendoza, debajo de la foto está el diario La Verdad. Me dan ganas de leerlo. Me estiro por la cama, arrugando la colcha. Lo atrapo. Levanto el portarretratos y lo deslizo. El diario es de ayer, 24 de diciembre de 1999.

Está ajado. Cuando lo abro, algo, una fuerza anterior, un doblar de hojas, hizo que la página que tengo ahora ante mis ojos sea la página más importante de este diario. Hay una nota sobre un accidente de trenes en Bruselas. Debajo, el índice de pobreza en crecimiento en los países subdesarrollados. Más abajo, en un recuadro, el suicidio de un arzobispo en Bogotá después de haber abusado de una nena de ocho años. Quiero pensar: el mundo está podrido. Lo pienso pero no lo siento, mi cuerpo, en este momento, siente otras cosas. Vuelvo a dejar el diario donde estaba. Me retumba de nuevo la frase que Emilia me dijo, mientras volvíamos de la laguna de Junín, en el auto viejo, hace dos años, el día que ella cumplía treinta y ocho, la edad que yo tengo ahora. Me dijo, ese día, que nosotros estábamos juntos por una mutua mediocridad, por una comodidad compartida. Una comodidad espiritual que se refleja en la forma de nuestros cuerpos, cada vez más

hinchados y opacos; comodidad que nos estanca en esta casa con patio y lavadero a las afueras del pueblo. “Nos estancamos, cada uno en lo suyo, Martín”, me dijo. “Vos, como arquitecto, en tu empleo estable en la municipalidad. Y yo, en mi cargo de maestra titular en la escuela. Estamos juntos, Martín, porque le tenemos miedo al futuro”. Ahora Emilia vuelve a meterse en el baño. No me avisa que se va a meter en el baño. Abre la ducha. El ruido del agua me dispara un recuerdo: una siesta de abril o noviembre, no hay manera de saber. No sé cuál es la relación, por qué el primer ruido, la primera música de la ducha pegando contra la bañadera y el plástico de la cortina me despierta el mismo recuerdo borroso.

Una siesta de abril o noviembre, cuando yo tenía más o menos seis años, y mi prima Telma se metía en la pieza de Jorge corriendo, con pasitos cortos y apurados, como con miedo. El sonido ahogado del televisor vuelve a aparecer. Pienso que siempre estuvo. Pero ahora vuelve a aparecer.

Entonces busco el control remoto. Está detrás de la foto que nos sacamos en Mendoza. Vuelvo a arrastrarme por la cama. Una vez que lo tengo, me acomodo bien y hago zapping. Paso dos o tres canales hasta que la imagen se estanca. El control parece quedarse sin pilas. El canal, es un canal de documentales. Hay un viejo canoso y despeinado, hablando en francés. El viejo canoso y despeinado mira de costado a la cámara. Fuma. La filmación parece de la década del setenta. De vez en cuando, mira por la ventana, que está detrás suyo, que recorta su figura y que muestra, a su vez, las ramas peladas de unos árboles. Encima de la voz del viejo canoso y despeinado hay otra voz: una voz en español, neutra, que habla del destino trágico del hombre moderno. Entonces descubro que la voz en español, neutra, que simula ser la voz del viejo canoso y despeinado, se parece a la voz (o al recuerdo de la voz) de Federico Souza. Y dejo de mirar. Aprovecho que Emilia se está bañando para ir a la cocina. Trato de apoyarme en el colchón, para darme un impulso, para incorporar el cuerpo. Lo logro. Ahora, estoy sentado. Apoyo, después, todo el peso del cuerpo sobre el pie derecho, el sano, el sucio, el desparejo. Me va trepando el frío del parquet. Me cuesta caminar así, apoyado sobre el pie sucio, y arrastrando el herido, porque la iniciativa la toma siempre el izquierdo y no doy pasos firmes, solo son pasos en falso. Me doy cuenta que necesito del pie derecho, del sucio, del desparejo, para andar. Camino despacio. Hay gotas de sangre, secas, pegadas en el parquet. Un vago perfume a champú viene del baño. La música de la ducha ya me es ajena, como la voz de la televisión, aunque siga existiendo. En el living, ahora veo bien, todo está ordenado. Un cono de sombra cubre los sillones y parte de la biblioteca. Un chorro de luz

que se filtra por la persiana mal cerrada me deja ver las partículas que vuelan en el aire. El reloj de pared parece muerto. El que me regaló Emilia ayer marca las cuatro y cuarenta. En la cocina vuelve la claridad. El zumbido de una mosca gorda, verde, me atrae. Me dan ganas de pensar que esa mosca es la misma que vi en el patio sobre la canaleta que da a la casa de la loca Ranni.

Cuando la mosca se posa sobre la punta de la pava abro la heladera. Por inercia, casi. Hay restos de comida, hay mucha comida, por eso manoteo una pata de pollo. Pienso, mientras cierro la puerta de la heladera, que

Federico Souza jamás podría haberle dado tanta comodidad y abundancia a Emilia. Pienso, además, que Emilia no ha olvidado del todo el pasado; y el pasado es una discusión en la oficina de la municipalidad, hace diez años, es correr hasta la estación de colectivos y arrancarla del asiento, es convencerla de que irse a Capital era una locura, que si ella se iba yo me mataba esa misma noche. El pasado es el abrazo infinito que nos dimos, de vuelta, en la plaza Marqués, alumbrados por la luz azulada del atardecer.

Ahora muerdo una pata de pollo fría. Estoy sentado a la mesa de la cocina.

Me engraso las manos, los labios; hago girar la pata con los dedos apenas apoyados en los extremos. Mastico lentamente. Me sirvo jugo de naranja y engraso la jarra de plástico roja. Pero estoy convencido de que no me hubiese matado. Soy más cobarde que una gallinita de juguete. Me da risa la ocurrencia. Sé que si estuviese el Gorrión, tan detallista, me haría saber, ahora mismo, mientras me río, que tengo una hojita de orégano pegada en un diente; y me lo indicaría con un gesto, sin palabras. La mosca gorda, verde, gira alrededor de un punto, en el aire. La observo. Gira rápido.

Descubro que une puntos muy extraños. Pienso que podría formar un edificio. Me gusta pensar que la mosca me está dictando un edificio, un posible edificio rarísimo. Esa idea, siento que me renueva. No dejo de mirarla. Rodeo el vaso lleno de jugo de naranja con mi mano derecha. En la otra mano tengo la pata de pollo mordisqueada; cuelga una línea blanca del muslo. En el vidrio del vaso estoy imprimiendo las huellas de mis dedos.

Llevo el vaso a la boca. Tomo. Siento cómo el jugo arrastra los restos del pollo. Apenas trago, respiro y largo luego más aire, como si fuese un alivio.

Entonces el motor de la heladera arranca. Desparrama su música por toda la casa. Hasta los límites de la parrilla. Es la hora de la siesta, cuando el sonido de los motores de las heladeras reinan. Imagino que en el bufé del club, o en la carnicería de Gómez donde ayer temprano compré el asado y los pollos, estará pasando lo mismo. Que si alguien, a esta hora, cuando el sol quema y aplasta, está caminando en la calle buscando el pedacito de sombra que recortan los aleros de los frentes de las casas seguro puede escuchar los motores de las heladeras, pasajeros, monótonos, somníferos, que suenan. Y respirar, al mismo tiempo, el vapor caluroso que desprenden los toldos de lona a rayas anchas, verdes y blancas. Me limpio las manos con el repasador. Las huellas grasosas están secas en el vaso. Sé que Emilia protestará porque lo dejé sucio. Tiro el hueso pelado en el tarro de basura.

Vuelvo al dormitorio. La vuelta es rápida. Casi no hay registro de la vuelta.

La música de la ducha ha terminado. Descifro que Emilia se está peinando.

Puedo ver en mi imaginación el recorrido del peine. Cómo se interna entre los mechones oscuros y húmedos. Cómo se traba en algún enredo. Cómo luego aplasta, alisa al pelo; hasta puedo escuchar las gotitas de agua cayendo sobre los cerámicos blancos. Apago el televisor. Vuelvo a desplomarme sobre la cama. Estoy hinchado y con la panza llena. Nada excitado. Recuerdo que quería tomar una hoja y un lápiz y dibujar el edificio extraño que la mosca me sigue dictando. Pero me gana la modorra, es imposible dejar de estar tendido en el colchón en un estado intermedio entre la realidad y el sueño. Hay veces que creo que es cierto lo que me dijo Emilia sobre la comodidad. Hace años que no dibujo planos, ni estructuras.

Solo tengo posibles ideas que se van acumulando en mi cabeza y se vuelven grasa, ideas sedimentadas que me hinchan la mente, y me la hinchan como este vientre blanco y lleno de pecas, sin pelos. Y es ese peso lo que me hunde en este estado de modorra cerebral. Mi hermano y Souza son amigos, se conocen de chicos, se veían todos los días hasta que Souza se fue a Capital y pienso que no es casual que se le haya caído a Jorge la botella de vino tinto. Estupideces que a uno se le ocurren cuando está lleno. Cuando siente un peso, como este que siento dentro. Un amontonamiento de ideas y de comida, adentro de uno. Entonces uno se convierte en un depósito que se va llenando de años, de ideas no realizadas y de comida. Ahora recuerdo que Gorrión, hace unos días, mientras íbamos en el auto nuevo por el centro, me dijo: “Ese es Souza”. Y señaló a un tipo que salía de un negocio.

Yo no le hice caso. Ahora entrecierro los ojos. Siento el perfume que la anuncia a Emilia. Después la veo. Desnuda. La figura abandonada de Emilia, desnuda. Ella me mira, seria. Me fascina su piel marrón. La forma perfecta de sus pechos gordos y libres bailoteando en el aire. Emilia avanza.

Me quita el reloj que me regaló ayer y lo deja sobre la mesita de luz. Cierro los ojos. Sonrío. El ventilador nos envuelve con su brisa. Su mano roza mi pecho. No me excita. Pero me nace una necesidad de besarle todo el cuerpo limpio. Son unas ganas mecánicas. Sigo mientras tanto con los ojos cerrados. Ella no sabe que acabo de comerme una pata de pollo; y que sobre la mesa de la cocina hay un vaso con gotas de jugo de naranja y marcado con mis huellas; y también hay una mosca que, tal vez, sea la misma que vi en el patio sobre la canaleta que da a la casa de la loca Ranni y que dibuja en el aire, me dicta, mejor, un edificio extraño. Emilia acaricia con sus dedos gordos mi cuerpo. No logra excitarme. Me desnuda. Ahora se interna

en mi cuerpo con su boca. La recibo. Recibo el contacto de su cuerpo contra el mío y la rodeo con los brazos a la altura de sus caderas. Sigo sin excitarme, sin tener ganas de hacerlo. Siento el peso de la pata de pollo en la panza, mientras ella desciende con la boca entre mis piernas. La detengo, ella no es de tener esas iniciativas. La miro. Ella sigue besándome las piernas. La tomo de los brazos y la doy vuelta. Que ella mire el techo, el punto nuevo en el cielorraso. Así debe ser. Después de varios intentos, la penetro. Apurado, mal. Ella no goza. Acabo mirando el rosario que cuelga en la pared, encima del respaldo de la cama. Dejo caer la cabeza sobre su pecho. Siento su respiración aún extrañada. Recién descubro que Emilia no ha dicho una sola palabra. Y pienso en su cambio de humor. Tal vez se lo haya cruzado a Souza en la calle y eso, seguramente, le revolvió el pasado.

Se mueve, ahora, como un gusanito; me rodea el cuerpo con sus brazos; apoya su cara redonda y maternal en mi vientre; me susurra despacio que voy a ser papá. Yo no la miro. Busco con los ojos la punta de mi pie sucio, desparejo, como si lo necesitara también para enfrentarla y como si fuese, al mismo tiempo, un apoyo para andar mientras me brota un miedo, una bronca. Por eso lo voy a decir, porque sé, además, que ella espera que lo diga. Repaso, antes, la punta del dedo gordo del pie sucio –la uña está un poco crecida–; y estoy a punto de decirlo, que es como disparar con palabras, pero el motor de la heladera se apaga, abriendo, así, un silencio enfermo.

1

Tenemos los pies llenos de tierra. Si hace un montón de tiempo que no cae una gota de agua. ¿Quién le avisa a mami? El Ovidio a eso de las diez y pico, más o menos, en el almacén. Y mami se viene con la noticia: triste porque era el tío, pero también distinta. Yo estaba remojando una ropa al lado del bombeador y la veo venir; los perros seguían echados abajo del fresno, enroscados, como se ponen ellos; y cuando entra mami, medio rengueando, medio apurada, los perros se paran, lentos, como demostrándole fidelidad. Así es que empieza a hablar desde lejos. Y cuando mami habla desde lejos es cuando pasa algo. Yo me imaginé que algo había pasado. Por eso grité: "Qué pasó con el Fabián". Me aterra que le pase algo al Fabián. Y mami dice: "Nada, con el Fabián nada". Espera un poco, espera llegar, respirar más tranquila y dice: "El tío". Y mira la ropa que yo estaba remojando, se sienta en el borde de la pileta del bombeador: la cadera de mami no entra en el borde. "Se murió el tío Evaristo", dice agitada, mientras el sol le enceguece los ojos. "Y hay que ir", dice, con una voz distinta.

El Fabián estaba en Henry Bell pero venía a las doce, a comer. Por eso salimos después de comer, después de que se bañara el Fabián; porque nosotras nos limpiamos un poco, antes de que él llegara, para dejarle libre el baño y salir enseguida. El Fabián tenía que volver, esa tarde, a buscar a los muchachos. Ahora el Fabián maneja la camioneta y le dieron un teléfono; dice que puede hablar desde cualquier lugar. Por eso puede avisar, el Fabián. Llama a los muchachos desde el patio, dando vueltas alrededor del fresno, con la camisa que le planché puesta y el pelo mojado y les dice que se tiene que ir al pueblo, que se le murió un tío, así lo dice. Cuando salimos, cambiados, a esa hora de la tarde, el sol estaba bien arriba y a mí los zapatos me apretaban.

En el camino de tierra, a la altura del campo de Alvarado, nos cruzamos con el hombre de Indacochea que pasa siempre como un reloj a la misma hora y me agarra, más o menos, cuando yo termino de lavar los platos y estoy en la pileta de afuera, secándolos. Es por eso que se nos hizo la costumbre de saludarnos. Primero fue el hombre el que empezó a saludar.

Un día pasa pedaleando, cinchando con ese viento de agosto, porque la primera vez fue más o menos en agosto; yo escucho los perros que le ladran y miro, y el hombre me mira, yo no le veo bien la cara,

porque tiene una gorra, él me mueve la cabeza y yo le digo: “Adiós”. Después al otro día y todos los días lo mismo; el hombre dice: “Adiós, señorita”; y yo también:

“Chau” o “Adiós”. Un día aparece con la bicicleta de tiro y se me pone a charlar, de lejos siempre, el hombre desde la calle y yo desde la pileta con los brazos en la cintura, donde me empieza el delantal. Me habla del frío, de la sequía que hay, ahí me dice que tiene la bicicleta en llanta, que va a Indacochea, que es cobrador de rifas del hospital y que me quiere ofrecer una; yo le digo que le voy a decir al Fabián porque es él el que decide; y después se va el hombre; yo le pregunto al Fabián si le podemos comprar y el Fabián me dice que sí, que se lo ve un hombre honesto; pero el hombre nunca más me dice nada de la rifa, solamente nos saludamos y sigue de largo. Yo lo espero, espero a que pase para después irme adentro, espero a que pase para saludarlo, para saber más o menos que son cerca de las dos.

Ahora lo veo venir en un rincón del camino, pedalea, no mira a la camioneta cuando lo cruzamos, más bien trata de cubrirse del polvo; le va a parecer raro no verme, pienso, al lado de la pileta, con los brazos en la cintura, donde me empieza el delantal, esperándolo.

–Ahí va tu amigo –dice el Fabián. Y yo me sonrío y miro para atrás, pero no lo veo porque la nube de tierra se lo traga. Lo que empiezo a ver, un poco nublado y de a ratos, es a los dos perros con las lenguas afuera, pegadas a los costados, oscuros y sucios, que corren.

Hace rato que no voy para el pueblo. La última vez fuimos con mami en La Confianza a las cuatro de la mañana, un domingo, a llevarle flores a papá. Pero de eso hace como seis o siete meses. Salir de pronto, sin planearlo, es un poco divertido. Pero nada más que un poco. Porque yo me había hecho un plan para la tarde. Para esta hora más o menos. Si hasta mami me había comprado todo en lo del Ovidio: iba a hacer una torta. Y de golpe, ahora estoy con el Fabián, de un lado –la mirada fija en el camino, preocupado–; y con mami del otro –triste, con una tristeza vieja–, zarandeándonos por los pozos y con los perros que nos siguen atrás.

El Fabián se distrae con los perros. Dice que son como chicos, que lo único que les falta es la palabra. Es de lo único que habla mayormente.

Ahora también. Si no es del trabajo, es de los perros. Cuando vuelve del campo, se va a caminar, a despejar un rato hasta el horno de Gregario con

los dos. Y de vuelta, cuando se sienta en la mesa, se pone a contar las hazañas de los perros.

–Les va a venir bien que corran –dice ahora, en el viaje–, están gordos.

A los primeros perros los trajo una noche papá. Se vino del campo de Orleán con una pareja de cachorritos: el Negro y la Batata les pusieron. Y

ellos después fueron los padres de los dos que tenemos ahora. Dice mami que cuando los vio llegar se puso a llorar como una tonta. Pero mami desde hace un tiempo llora de tristeza. Desde el otoño que parece una planta pelada. Los domingos ni siquiera se levanta para ir a misa. Son quejidos los que salen de la pieza, quejidos feos, de enferma. Y eso lo vengo sospechando y escuchando desde que el señor Pasini, el que venía en la moto, los jueves, dejó de aparecer y de traerle el ramo de calas y una flor del pájaro en el medio para que mami las pusiera en el florerito de loza, que también le regaló Pasini, y que está en la cómoda de su pieza. Cuando le viene la tristeza, es como la crecida de un río: a mami la angustia le sube y la cubre toda. No hay manera de animarla. Y con la marea de angustia le suben los dolores: el primero que debe aparecer es papá. Si es que alguna vez se pudo distraer de su recuerdo. Yo hace rato que no sueño con papá.

Un tiempo me daba por soñarlo, por verlo, casi siempre vestido con una camisa a cuadros; será porque lo veo todos los días en esa foto, en la repisa, ordeñando una vaca y guiñándome un ojo. Dicen que en esa foto papá está más joven. Además hay una luz que lo rodea, una luz amarilla que lo vuelve, como quien dice, inmaculado.

Desde la camioneta, recostada a un lado del camino, no vemos otra cosa que los campos secos, los girasoles mirando el suelo, como animales con los cogotes degollados.

–Y así está en todos lados –dice el Fabián–: sequía que le llaman.

Los perros corren atrás nuestro, con esta calor, con esta tierra que levantamos y los oscurece por momentos. Ellos corren en medio de la nube, ciegos, sin rumbo aparente. Pero un perro no se pierde nunca. Dice el Fabián que si a un perro lo largás bien lejos y que si ese perro de verdad es un buen perro, fiel; ese perro, a la final, si es de verdad un buen perro, vuelve, solito, como puede, pero vuelve; uno, dos, cuarenta días, años pueden pasar, dice el Fabián, pero si es buen perro, vuelve, no se pierde.

Cerca de las tres de la tarde pasamos por la estación de Wagner. Dos

gallinas caminan mansas por el medio de la calle principal y después el sol cubriendo el puñado de casas. Quién va a andar por la calle a esta hora. Si

yo también estoy adentro o, si salgo, nomás bajo la sombra de los aleros y las chapas pero no me alejo para las quintas, ni para los hornos. A esta hora me siento en la mesa. A esta hora tengo todo limpio. Los platos, las ollas.

Ya regué los almácigos que están al reparo –porque a las otras plantas las riego con la fresca o a la tardecita, si no se queman–. Para esta hora ya pasó el hombre de Indacochea y tengo todo listo, el repasador extendido sobre la mesada. Y cuando estoy con fuerza, y además me queda tiempo, repaso la ropa que dejé en remojo a la mañana, en el balde de plástico, abajo del corredor. Puedo limpiar el galpón o levantar la ropa que está colgada del día anterior en la soga. Mami duerme la siesta hasta las cuatro menos diez. Para esa hora pongo la pava, preparo el mate, la llamo, le pego un grito: "Mami", le digo. Y cuando mami, con esa voz pegajosa como el arroz con leche, dice: "¿Qué hora son?"; entonces yo rompo la calma, la calma con la que limpio y barro y corro los muebles, porque a mami hay que dejarla dormir.

Y es por eso que después me animo a prender la televisión (porque a las cuatro empieza El amor y la siesta), me animo, incluso, a levantar la voz, a moverme con mayor soltura: ya no me importa si la silla se arrastra y hace ruido.

Cruzamos el puente viejo. Por abajo pasa un hilo de agua. La cañada está seca. Después del puente empiezan los primeros rastros del pueblo. Un almacén en una esquina. Una esquina sin ochava. Y encima de la puerta, escrito con cal, Lo del Turco. Atrás de una cortina de tiritas de plástico, hombres que mueven las cabezas para ver quién pasa. El Fabián dice siempre que el Turco era muy amigo de papá, que jugaban juntos a las bochas. Pero ahora el Turco no es más el dueño del almacén. Ahora lo maneja un tipo de Navarro, le dice el Fabián a mami, porque mami siempre que pasamos por adelante del almacén del Turco pregunta por la vida del Turco. Antes de cruzar las vías, la camioneta empieza a trepar por el terraplén. Se levanta, lenta, fuerte. Estiramos las cabezas para ver si viene el tren (aunque sabemos que el tren pasa de noche). Nos sacudimos cuando cruzamos los rieles. Después el envión de la caída. Y otra vez, la camioneta buscando el costado, medio inclinada sobre la derecha. A pocos metros de llegar a donde paran los circos, el Fabián no aguanta y frena para hacer pis entre los yuyos. Y yo veo, desde ahí, parados con la camioneta en

marcha que vibra, la parte de atrás del circo. Veo, también, que los perros se meten por un monte y se pierden. Cuando avanzamos, empezamos a ver las jaulas, los animales encerrados. Leemos: Papelito. Hay hombres disfrazados que

dan vueltas entre los camiones y nos miran. Chicos afuera que quieren ver a los animales. Y la carpa, en el medio, es una gigante lona azul. Yo nunca fui a un circo.

Recién cuando tomamos la avenida, nos parece que llegamos de verdad al pueblo, aunque el pueblo haya empezado en Lo del Turco. Y entonces nace eso que me sucede siempre que llego. Cada vez que vengo al doctor o a comprar cosas al mercado de Urrutia. Esa cosquilla en la panza que no se parece para nada a la que me da con el Paco. Es otra. Es distinta. Es lo contrario, diría yo. Esta es una cosquilla de miedo, de encierro, de falta de aire. Pero es un instante, después me acomodo, me arrincono como la camioneta en un costado y empiezo a mirar a todos y a todo desde ese rincón. Hay dos cosas que me llaman la atención: las columnas de luz, encorvadas y en fila; y los carteles, los carteles que se repiten. Ahora están los del circo. Pasacalles que dicen: Vengan al circo Papelito, funciones todos los días. Y cuando paramos en el semáforo de la Moreno, algo (el color furioso de unas flores en la plaza) me hace acordar al Paco. La distancia trae a la nostalgia, dijo una vez el Paco en una picada, repitiendo, porque esa frase me parece que la escuchó en alguna canción. Me acuerdo como si fuera hoy, esas cosas que una retiene y que no entiende muy bien.

Pero cuando paramos en el semáforo de la Moreno, me viene la imagen del Paco mordiendo una rebanada de chorizo seco, diciendo la frase (en cuero, rodeado de flores y de risas), creyendo, el Paco, por ahí, que nadie iba a guardar lo que dijo: en una de esas será por eso que lo registré, para llevarle la contra al Paco, a sus labios engrasados por los chorizos; o, por ahí, para llevarle la contra al pequeño olvido de cada día.

–Mirá –dice el Fabián cuando entramos a la Sarmiento–, voltearon el Hotel de Cabrera.

–No, ese no era –dice mami.

–Sí, es ese. ¡Qué pecado, che!

Desde ahí se ve la estatua de San Martín, en el fondo, cortando la Sarmiento, rodeada por las plantas de la plaza. Pero nosotros

doblamos antes, en la Almafuerte. La casa está a dos cuadras de la avenida. Ya se ven algunos autos estacionados enfrente. Y mami que empieza a estar tensa.

A los perros los perdimos de vista cuando pasamos por el circo.

2

Una vez dice el Fabián que se aparecieron en la quinta. Era un domingo.

El atardecer de un domingo. Y el Fabián cuenta, que se acuerda, que él estaba un poco triste y hasta había llorado porque papá le había prometido jugar con el tractor si él hacía todos los deberes (al Fabián siempre le costó la escuela). Y entonces le prometían esas cosas para que los hiciera. El Fabián aceptó, hizo todos los deberes. Dice siempre que estuvo desde la noche del viernes hasta el domingo a la hora de la siesta, tratando de leer y de entender un cuento que hablaba de un gaucho que tomaba mate y pensaba en escaparse (dice que no se olvida más). Si hasta se lo leyó a papá y le contó de qué se trataba –lo había entendido–. Pero papá después no lo dejó ir a jugar con el tractor. El Fabián daba cualquier cosa por jugar con ese tractor verde y blanco, estacionado en el galpón. Hasta soñaba que lo manejaba y todo, me dijo una vez. Pero papá no quiso. No lo dejó. Papá estaba raro, nervioso. Y cuenta el Fabián que encima lo retó.

El Fabián siempre que se ponía triste se subía al techo. Ahora se va con los perros hasta que se le pasa un poco, hasta que disimula la tristeza en la cara y entonces vuelve. Pero cuando subía al techo, de más chico, era porque tenía ganas de llorar.

Esa vez se subió con unas naranjas en los bolsillos. Justo estaba cayendo el domingo. La noche se iba encimando sobre los campos de la zona de Moquehuá. Y el Fabián dice que pelaba una naranja con los dientes, y que le iba quedando una sensación agria en la encía y en la punta de la lengua. Entonces fue cuando sintió el ruido metálico de un auto agarrando un pozo. Después vino el remolino de tierra que fue estirándose para aparecer sobre las plantas altas del Ovidio. Los perros (todavía vivían el Negro y la Batata), alertas, pararon las orejas en la entrada de la quinta cuando oyeron el ruido metálico.

Yo todavía no existía, dice el Fabián; ni siquiera en la panza de mami estabas, me dice, para que me ubique. El Fabián esperaba a alguien. La nube de polvo anticipaba la presencia de alguien. Pero jamás se iba a imaginar que sería el Valiant del tío Evaristo; si había lugar en donde se lo podía imaginar a esa hora era pegando vueltas a la plaza principal (el tío paseando a la tía, sentados, los dos tiesos, dejándose mirar), pero no doblando en la quinta y después subiendo a la entrada

con tanta confianza.

El Valiant negro brillaba, dice que se acuerda el Fabián. Al Valiant lo manejaba la tía Amalia. El tío estaba sentado al lado, con esos sombreros de copa que usaba todavía por aquella época. El tío parecía un fantasma atrás

del vidrio del auto y más con esa luz oscura que venía del atardecer. Se quedaron arriba del auto un rato largo, con el motor apagado. De adentro de casa no salió nadie, ni papá ni mami, cuenta el Fabián. Y los perros todavía no se habían puesto a ladrar.

El tío miraba el campo como perdido. La que bajó fue la tía. Y cuando bajó, el Fabián se escondió atrás del tanque de agua y así pudo espiarla.

Estaba vestida como para una fiesta de cogotudos; brillaba más que el Valiant, la tía, dice; se levantaba apenas el vestido para que no se arrastrara por la tierra. Verla a la tía, desde donde estaba el Fabián, con ese escote que le mostraba hasta el alma, habrá sido –pienso ahora yo– como ver a la Isabel de la Torre entrando en la quinta.

Se paró frente a la puerta y empezó a gritar. Ahí sí los perros se asustaron y le empezaron a ladrar; la rodearon cada vez más cerca y le ladraron fuerte, desconfiados; entonces la tía se rayó. Empezó a gritar como una loca. El tío, atrás del vidrio del auto, con el sombrero de copa puesto, se desfiguraba como un dibujo en la arena.

Los perros se acercaban con mayor firmeza viéndola a la tía tan metida en su propia rabia.

Papá salió, parecía dormido.

–Qué tanto escándalo –dijo, con esa voz mansa que dicen tenía papá.

–¡A vos y a estos perros de mierda los vamos a echar de acá! –gritó la tía y uno de los perros, el Negro, como dándose cuenta de la agresión, se atrevió y se lanzó sobre una parte del vestido brillante de la tía; la tía habrá visto un relumbrón que se le vino encima y reculó; el Negro mordió el vestido y gruñó con el vestido en la boca, un buen rato, hasta que la tía, en medio de su ataque, de su borrachera (después papá decía que estaba borracha, que tenía los ojos colorados), se animó y le encajó una patada en el medio del cuerpo; el Negro gimió, retrocedió un poco: por eso los dos, el Negro y la Batata, sacaron a relucir los dientes blancos, afilados, que acompañaban el sonido furioso de sus gruñidos. Pero se quedaron en la amenaza. Tal vez

porque estaba papá. Por eso la tía pudo volver al auto, puteando, con el vestido mordisqueado.

Papá no hizo más que contemplarla. Mami dice que vio todo, llorando, desde la ventana de la pieza. El tío seguía borrándose en la arena, adentro del auto, permitiendo, de alguna manera, todo ese escándalo. Y era eso lo que le dolía a papá, que su hermano permitiera semejante ataque.

Dice el Fabián que se acuerda, que no se puede olvidar más, tampoco, como del cuento que se aprendió ese día, del golpe de la puerta del Valiant cerrándose en el atardecer del domingo; fue un estruendo seco que permaneció en el aire de la quinta. Después, el ruido del motor encendiéndose. La marcha atrás. Los perros ladrando parados en la entrada, un rato, hasta que el auto dobló. El Fabián los vio un poco más por el camino oscuro: el auto ahora tenía las luces encendidas. Y dice siempre, también, que papá entró a la casa recién cuando el ruido del Valiant se perdió en la noche.

3

Unos días más tarde colgaron un cartel en la portada. Nadie vio al hombre que lo colgó. Porque si papá lo hubiese visto, no lo hubiera dejado.

Pero cuando lo vio colgado en la portada, papá se paralizó. Y se fue metiendo (el cartel colgado era la primera señal) en un pozo negro que le empezó a oscurecer la mirada, la risa. Verlo colgado era como que alguien lo hubiese pasado por encima. El orgullo pisoteado sintió papá. Y eso fue –

aunque el Fabián no lo pueda entender, no pueda entender esa especie de resignación que le ganó a papá– lo que le impidió sacar el cartel. Decía: En venta. Inmobiliaria Krause. Alem 24.

El cartel –bajo el sol, bajo las lluvias y las heladas– permaneció cerca de un año. Alrededor del cartel, los pastos empezaron a crecer. Esa zona papá la abandonó. Dejó de regar, de barrer. Los alambres que sostenían el cartel se empezaron a oxidar, igual que los bordes de la chapa. El Fabián jugaba a leer, desde el monte, las letras del cartel: lo que más le costaba era la palabra Krause.

Hasta que una mañana apareció el tío Evaristo en bicicleta, con una boina torcida en lugar del sombrero de copa. Papá lo vio venir desde el corral de las vacas, todavía no había terminado de ordeñar. Y desde entonces cuentan que el tío se la pasó tratando de remediar el dolor que había provocado su mujer, y que él había permitido –dolor que también era suyo–; el tío Evaristo no dejó nunca de pedir disculpas por aquel escándalo, por su pasividad.

Dicen que la sacó de un baile de los Bomberos en el invierno del 54. El tío era grande. Andaba cerca de los treinta y cinco y todavía no podía

casarse. La tía era mucho más joven, apenas tenía veinte años. La tía venía de Mechita cada quince días. En el baile era la más esperada. Porque era una bomba. Dicen que de joven se parecía a la Nélida Lobato. El tío fue con papá y unos amigos al baile de esa noche. Dicen que la tía, rodeada de hombres que no paraban de invitarla a bailar, miró al tío a los ojos. El tío, pegado contra una columna, en un rincón, con un traje cruzado, flaco y con esa nariz filosa en la punta que lo

hacía parecerse a un cantante francés.

Dicen que decía eso la tía: nariz de cantante francés. Fue ella la que se le acercó, la que se le puso a hablar, la que lo llevó a la pista y le cruzó los brazos alrededor del cuello. Bailaron, toda la noche, mientras el resto de los hombres seguía sin entender. Deseándola, un poco más, a la que después de esa noche sería la tía Amalia.

Como nadie pudo entender muy bien que la tía eligiera al más tímido del baile de los Bomberos, tampoco nadie daba un peso por esa pareja. Pero esa relación duró, a los tumbos, pero duró. Tuvieron dos hijas. La más chica, la Claudia, es la más parecida a la tía en el carácter. Y hace poco, la Claudia, tal vez por eso, entró de secretaria del doctor Laurenzi, el que atiende a los nenes. Si nunca trabajó la tía. Y el tío Evaristo meta dale que dale con la tiendita que se puso por su cuenta, después de que lo echaran de la tienda Galli, ahí, en el centro; el tío ya tenía bastante experiencia atendiendo, y aprovechó y se puso una tiendita con la indemnización, en el garaje de la casa, donde ahora está tapado con una lona el Valiant negro.

Pero papá se enteró tarde. Después de que pasara, incluso, el lío del cartel; después de que el tío viniera a la quinta a pedir disculpas; después de que el cartel desapareciera sin que se supiese quién lo había sacado (nunca, nadie, a lo largo del año que estuvo colgado vino a ver la quinta para comprarla); también después de que yo naciera. Papá se enteró tarde de que la tía Amalia tenía una relación oculta, desde hacía más de treinta años, con el doctor Laurenzi. Además, dicen que la Claudia es hija del doctor. Papá se enteró tarde de que la tía Amalia había puesto en venta la quinta, la casa paterna de papá y del tío, para pagarle una deuda de juego al doctor Laurenzi –que todas las noches apuesta, todavía, en el primer piso del Club La Pampa–. Pero cuando se enteró (un vecino del tío, en el banco, dicen que le dio a entender), el dolor se le clavó, unos días después, en la panza.

Parece ser que durante dos días anduvo serio, triste. Y que una mañana (el Fabián dice que yo me la había pasado llorando toda la noche, como sabiendo que algo andaba mal), lo encontraron tirado en el patio, en la tierra

húmeda, al lado del bombeador. Le dolía la panza. Eran puntadas cada vez más fuertes. Y así fue que papá se enfermó, para dejarse morir.

4

Ahora el zaguán está abierto y, atrás de la cancel, la tía Amalia espera de negro rodeada por las primas; espera que una mejilla se apoye sobre su mejilla pálida, fría; y que esa mejilla visitante se entregue al dolor, a su dolor, y después resbale como un pescado bien muerto en su cara –para seguir imponiendo respeto la tía–; más muerto que el tío Evaristo, ahí nomás, atravesando la puerta que lleva a lo que siempre fue la pieza de los tíos.

Mami va adelante. Y cuando la ve, con anteojos oscuros, esperándola, mami cobra una voluntad que hace rato no le veo en los ojos. Se la empiezo a ver, pero como un asomo, cuando dijo: “Hay que ir”; se la veo, después, hasta en las cosas que nos dice. Como que recobra algo de ser madre, mami, algo de autoridad, que desde hace tiempo fue perdiendo o relegando en el Fabián. Como que mami se vuelve fuerte y ahora, frente a la tía, no llora. Y

todos lloran. Mami le estira la mano. Y la tía espera, firme, fría, que mami le apoye la mejilla, que se someta a su dolor. Pero mami le da la mano y no llora, como lloran todos. No lloramos como lloran todos.

Lo que es el living de la tía ahora está acomodado de una manera especial: hay sillas de paja contra las paredes, y los muebles (la mesa, las sillas revestidas con pana, la vitrina llena de copas) deben estar amontonados en alguna habitación trasera. Sentados en esas sillas de paja hay parientes lejanos que mami comienza a saludar con cierta distancia y poca entrega. También hay muchas coronas de flores que desprenden un olor que me recuerda al señor Pasini, el de la moto, doblando para subir la entrada de la quinta, un jueves, seguramente, con el ramo de calas y la flor del pájaro en el medio, envuelto con diario y atado en el asiento de atrás.

La tía Amalia, después de saludar solamente a mami, se mete en la habitación en donde está el tío.

Si bien papá y mami no acostumbraban a visitar a los parientes, cada vez que venían al pueblo pasaban a ver a los tíos. Pero después del escándalo, las visitas desaparecieron casi por completo; salvo un verano (pero papá ya había muerto, y yo tenía seis años), y esa fue la primera y única vez que vine a esta casa. Fue una noche estrellada. Me acuerdo de la

sonrisa del tío Evaristo, de su nariz afilada en la punta, como orientándole la mirada, tratándome con mucho cariño. Esa noche la tía Amalia no estaba, o estaba de viaje con las primas en Mar del Plata, y por eso mami quiso ir, aceptar la invitación del tío, que nos fue a buscar en el Valiant y nos hizo un asado riquísimo, bajo ese cielo lleno de estrellas y de jazmines.

El Fabián ahora se sienta en una silla y se queda hablando con un primo de Moll, que hace muchos años no ve. Mami, sentada entre unas tías y unas vecinas, va disimulándose un poco. La Claudia cruza la sala como una laucha, llorando, y desaparece enseguida. La muchacha que limpia está vestida como en la novela (que ahora, porque son más de las cuatro, debe estar en lo mejor), El amor y la siesta, y sirve licor de menta en copitas que generalmente se la pasan juntando tierra en las vitrinas.

Se empieza a escuchar una voz rara que entra por la puerta de la calle y viene creciendo cada vez con más fuerza: una voz rodeada de música de circo, que se mete en el centro mismo de la casa de la tía; la música, pegadiza, y la voz del hombre que habla, de a ratos, repitiendo lo que se va metiendo como si fuese un sermón, trae, para dejarlos después, cuando la música y la voz del hombre, repetidas, se vayan apagando como un fuego, la presencia de los perros; el auto con los altoparlantes del circo Papelito pasa por adelante de la casa de la tía tirando volantes con la cara de un payaso triste; después de aquel ruido, quedan los perros con las patas en los mosaicos encerados, buscándonos.

Y por fin ladran, ahora, en la puerta, enfurecidos.

–¡Hagan callar a esas bestias! –ordena la tía Amalia, asomando la cabeza de la pieza donde velan al tío, con unos anteojos oscuros, y después se mete de nuevo, bastante nerviosa.

El Fabián se acerca a la puerta y calma a los perros. Los perros con el Fabián se tranquilizan.

La Isabel de la Torre es la madrastra de Jorge Argañaráz. La Isabel de la Torre odia a Dolores Toledo, que es su verdadera hija, y que abandonó en un convento recién nacida. Dolores Toledo es hija de una violación. Por eso la Isabel de la Torre la deja. Por eso (aunque no lo sepa, aunque no sepa todavía que Dolores Toledo es esa hija que abandonó) la odia con toda su alma. El amor nace en la siesta cuando Dolores empieza a trabajar de mucama en la mansión de los Argañaráz y descubre a Jorge de una manera cómica: se chocan en un

pasillo y a ella se le cae la bandeja llena de copas; ella se pone a llorar porque cree que la van a echar, por torpe; y él la mira

mientras junta los pedazos de vidrio, la mira y se enamora perdidamente. Yo esa vez me puse a llorar como una pava (y después cada vez que pasan esa parte en la presentación, con menos fuerza, me vuelve la emoción en los ojos), encima le habían puesto una música tan linda que a mí me hizo poner la piel de gallina y me hacía acordar al Paco.

La tía Amalia es la Isabel de la Torre. Una vez se lo dije a mami. Y

mami no dijo nada. Lo que dijo después fue algo de la actriz que hace de la Isabel de la Torre y que ahora no me sale el nombre. Y otro día, que estaba el Fabián viendo la novela con nosotras, y que preguntaba a cada rato para que le explicáramos cómo era la historia, y nosotras lo hacíamos callar, dijo, con el mate en la mano, cuando apareció la Isabel de la Torre: “Che, pero qué hace ahí la tía Amalia”. Y nos agarró una risa, una risa que remueve, una risa larga, contagiosa, que hasta le hizo cambiar la cara un poco a mami, que empezaba por esos días a encerrarse en la tristeza que la cubrió desde el invierno, porque el señor Pasini no vino más, a tomar mate, a verla, a traerle el ramo de flores. El Fabián se tentó tanto que empezó a escupir verde y me desarmó el mate, que me lleva tiempo preparar. Pero esa vez no me importó. Esa vez fuimos felices.

La pieza de los tíos es chica. Entran la cómoda, la cama de dos plazas y el ropero. Ahora en esa pieza están: el cajón en el centro y dos coronas (una de las primas y la otra de la tía Amalia) en los rincones, que hacen de cabecera, donde también generalmente van las mesitas de luz. Las coronas tapan las manchas de humedad que empezaron a brotar en los rincones. Lo único que hay de los muebles es el ropero. La ventana que da a la calle está abierta de par en par. Y adentro de la pieza de los tíos hay cerca de quince personas, apretadas, despidiendo llantos, como si fuesen quejas, que se alargan de pronto para volverse un grito desgarrador, como el de un gato a la noche. Esa locura dura un momento. Después vuelve la calma. Pero en esa calma se sigue escuchando de forma continua el llanto leve, lastimoso, como el que le empiezo a escuchar desde el invierno a mami.

Ahí estamos, esperando poder acercarnos más al tío. Mami comienza a molestarse y pide permiso. Rompe con la quietud de esos cuerpos que no hacen otra cosa más que mostrar gestos adustos y mocosos. Mami avanza y, atrás de mami, se cuela el Fabián y yo que los sigo.

Mami por fin llega. La tía Amalia está sentada a la derecha del tío, con los anteojos negros y un pañuelito apretado al lado de la nariz. La prima más grande, Graciela, no llora, mira pálida la cara de su padre muerto con

las manos apoyadas en los hombros de la tía. Y la Claudia, del lado izquierdo, da la impresión de que compite con la madre para ver quién llora más.

Mami se acerca al cajón y afloja. Deja salir esa tensión que tiene acumulada desde hace tiempo. Mami se pone a llorar. Pero mami cuando llora parece que se estuviera riendo. Cuesta un rato darse cuenta de que lo que mami hace es llorar y no reír; porque cuando llora la boca se le estira de la misma manera que en las risas (y el sonido que larga es parecido al de una carcajada) y los ojos, brillosos, tardan en desprender lágrimas; después, cuando se descubre que hay lágrimas, y que de la boca salen babas, y mocos de la nariz, y que, de a poco, la cara va cobrando una disposición al dolor: entonces nos damos cuenta de que está llorando, que no es una risa.

Mami se para frente al cajón medio inclinada, con las manos juntas, como cuando reza y de esa manera se entrega al tío, le ofrenda su cariño: de esa manera mami agradece. Es que si estamos acá, si mami quiere estar acá, al lado de la tía Amalia y de sus hijas, en esta casa, es porque mami necesita agradecerle al tío Evaristo, ofrendarle este cariño por haberla ayudado tanto, por haber ayudado tanto a papá (cuando fue lo de papá) y por habernos cuidado tan cálidamente, después, cuando papá ya no estaba.

Ahora es el Fabián el que se adelanta, el que se anima a llegar hasta el cajón. Y él también agradece. Esa forma de estar parado frente al tío es su forma de agradecer; estar ahí, haberme pedido que le planchara la camisa cuando salió del baño, avisar a los muchachos que no iba a volver al campo; esa es su forma de agradecer. Porque el Fabián no llora. Nunca lo vi llorar adelante de la gente. Ahora aprieta la boina con una mano y debe pensar que algún día, sin más remedio, a todos nos tocará lo mismo; que algún día a todos nos tocará que nos lloren con lástima.

Yo no puedo. Yo no lo puedo mirar al tío a los ojos. Porque si se mira a los ojos a un muerto después te da por soñarlo o por tener pesadillas.

Prefiero refugiarme atrás del Fabián, de la espalda ancha de mi hermano, y ver, así, los alrededores de la muerte. Cuando fue lo de

papá yo era muy chica, dicen que tenía cuatro años. Del velorio de papá me vienen imágenes que no sé si las viví o las inventé después, pero que son siempre las mismas: yo tengo un refucilo en la cabeza, una imagen fija, gente mojada, capas negras, un auto patinando en el barro y otro refucilo rajando el cielo encapotado. Seguro lo habré mirado a los ojos, esa noche, a papá y es por eso que después lo empecé a soñar; de ahí me debe venir lo del sueño,

fabricado con esa foto, porque el Paco dice que los sueños se arman con cosas raras, como con pedazos todos amontonados.

La tía Amalia ahora se desvanece. Hay corridas. Gritos de desesperación. La levantan entre tres y la llevan al patio. “Para que tome aire”, escucho. La pieza en donde está el tío se desagota de a poco. Es más importante, parece, saber qué pasará con la tía. Nosotros tardamos en reaccionar, en salir de la pieza. Antes de hacerlo miro por la ventana y veo a los perros corriendo en la esquina. Y quiero ser como ellos.

En la sala nos sentamos en las sillas de paja. La muchacha que limpia sirve sanguchitos de miga con copitas de licor. El Fabián se sirve una copita.

Mami le dice:

–Mirá que tenés que manejar.

Yo me agarro un sanguchito de jamón y queso. Una mujer vieja se pone a hablar con mami. Le pregunta si yo soy su hija. La mujer habla fuerte porque parece que está sorda, gesticula y dice:

–Pero qué grande estás, nena. Si ya sos toda una señorita.

Nos enteramos por la mujer que el tío Evaristo se murió de un ataque al corazón. De repente, dice. Y dice que es una cosa de locos porque hace una semana el tío se hizo un control y le salió todo muy bien.

Cansada, ahora, es mami la que decide que ya es tiempo de volver. Lo mira al Fabián de una manera especial. Y el Fabián entiende. Se para, se acomoda la ropa y prepara la retirada. Me dice:

–Aprovechá para ir al baño, porque ya salimos.

A mí me parece muy pronto para volver. Además hace poco que llegamos. Nunca fui a un velorio –salvo al de papá, aunque era muy chica–, pero igual me parece muy pronto para volver.

La muchacha que limpia me indica que vaya al baño de atrás porque el otro está ocupado. Tengo que salir hasta el patio. Antes paso por una sala en donde está tapado el televisor. Y pienso en la novela: trato de pensar cómo terminó ayer. Pero no me acuerdo.

Cuando cruzo el patio, la veo a la tía sentada en uno de los bancos de cemento bajo la parra de uva chinche, mientras es abanicada por dos mujeres. También está la prima Graciela, que me mira y no me dice nada.

Yo entro al baño. La puerta de chapa hace un ruido chirriante. El baño está oscuro. Y empiezo a tantear la llave de luz. Cuando la enciendo, me siento en el inodoro. No tengo ganas de hacer pis pero lo intento. Hay una

frescura hermosa. Me saco los zapatos: siento el alivio en los talones. Me arden los dedos de los pies y la uña de un dedo gordo. Los miro: están marcados con algunas ampollas y llenos de tierra. Piso sobre los mosaicos del baño, descalza. Hago fuerza y me sale un pis corto. Empieza, después, a treparme un aroma a fresias que me llega como en ráfagas. Las busco. Hay un ramo debajo del espejo. Me paro y quiero olerlas de cerca. Como hace Dolores Toledo cuando limpia la casa de los Argañaráz. A esta hora ya habrá terminado el capítulo de hoy. Y yo todavía no puedo acordarme cómo terminó el de ayer. Espero que no se hayan dado el beso que desde hace medio año estamos esperando ver. Espero que justo hoy no. Huelo las fresias. Pero seguro que sí, seguro que hoy Jorge le dio el beso que tanto busca, que tanto se merece y que Dolores le niega. Yo tengo una foto, recortada de una revista y pegada en un cuaderno, de Jorge Argañaráz.

Besar es lindo. Una vez el Paco me llevó a la tardecita al puente a ver pasar un tren de carga. Dijo que los trenes cuando cruzan los puentes se ríen para adentro. Y a mí me empezó a crecer algo en la panza; cuando repetí en mi cabeza esa frase, sentí que algo me crecía adentro, en la panza –algo distinto a lo que me agarra cuando entro al pueblo, eso es como un mareo–; y así fue que me animé y fui yo la que lo besó al Paco; el Paco se asustó, se despegó un poco pero después, todavía sorprendido, me agarró, sin miedo, y me besó, lindo, lindo beso; más lindo que el beso que no se dieron todavía esos dos y que no sé qué están esperando para darse; seguro están esperando que yo no los mire. Cuando me pongo a pensar en el beso con el Paco, en mi primer beso, siento que hubiese sido hermoso que tuviera la misma música, de fondo, que en la novela. Después me miro en el espejo: estoy un poco pálida. Sonrío. El pocito de mis cachetes me hace

acordar de nuevo al Paco. Que ahora debe estar cavando pozos bajo el sol. Me imagino las manos del Paco, las uñas sucias, clavando la pala en la tierra; y miro mis manos, abajo del agua transparente en el baño de la tía Amalia, y lo extraño.

Soñaba feo. Ahí está. La Isabel de la Torre tuvo una pesadilla. Y se despierta sobresaltada. Y cuando se despierta ve que tiene una sombra al lado de la cama que la amenaza, pero nosotros no sabemos de quién es la sombra; lo único que le vemos a la Isabel de la Torre es el julepe que tiene; porque grita, grita fuerte. Así terminó ayer la novela. Yo cuando soñaba con papá no eran pesadillas. Nunca tuve pesadillas. Dicen que los actores exageran. Que nadie se levanta a la noche todo mojado de la transpiración y

gritando. Con papá soñaba lindo, tranquila. Pero era un muerto. Y eso era lo que después, durante el día, me asustaba.

Cuando salgo del baño, la tía ya no está en el patio. Me animo a acercarme a un helecho verde, enorme. Le toco las hojas. Me dan ganas de tener uno así en la quinta. Y lo que también me llama la atención, después, es el tendal de la ropa que se puede levantar con una manija y la ropa sube, dicen, como una bandera por el mástil, con un ruido de fondo, como de pájaros, de teros que vuelan asustados. Sombrilla, dice mami que se llama.

Me pongo los zapatos sentada en el mismo banco de cemento en donde estaba la tía. Cuando me calzo los zapatos, vuelvo a sentir el ardor en los pies. Y el encierro.

Primero, al entrar, vienen las sombras y un olor a jabón de batea.

Después, los murmullos fuertes que se agrandan y se hacen dos voces que gritan. Enseguida el ruido de los vidrios. Por eso, cuando llego a la sala la veo a mami parada frente a la tía. La tía, dura, de negro, tiene atrás a unas mujeres –y también a las hijas– que tratan de agarrarla. Entre mami y la tía, en el suelo, sobre los mosaicos encerados, hay una copita de licor destrozada. El líquido (el licor de menta) es un charco desparramado. Y hay una mancha en la camisa de la tía, en la zona de sus pechos abultados, una mancha que también debe ser licor. Ahora la tía Amalia no tiene los anteojos oscuros puestos. Están mirándose a los ojos. Cara a cara. Yo no me animo a aparecer de golpe. Miro, espío, atrás de una cortina. El Fabián tiene del collar a uno de los perros que se metió en la sala. Algo raro hay en

el aire. En los ojos de los demás. Algo acaban de decirse. Algo, seguro, dijo mami. Porque mami es la que está fuerte. Y todos miran a la tía como esperando una respuesta, o mejor, una explicación. Debe haber sido mami la que dijo lo que siempre tuvo ganas de decir. Debe haber sido mami la que dijo lo que vino a decir. La tía Amalia, después de haber escuchado lo que mami dijo, después de haber escuchado, delante de todos, lo que mami vino a decir –sintiendo, además, la presión del silencio, el olor de su esposo muerto–, se empieza, porque otro camino no le queda, a derrumbar como un castillo de arena. Se desploma sobre los mosaicos encerados. Cuando cae, cuando el cuerpo golpea en el piso, alguien larga un grito parecido a un alarido. Y el perro, el nuestro, adentro de la casa, aturdiéndonos, ladra.

5

La idea de pasar por el cementerio es mía. Estacionamos, de culata, frente a la entrada vieja. Y antes de bajar, el Fabián dice:

–No tengo ánimo.

Por eso nos quedamos quietos y en silencio viendo el puesto de flores, el único abierto. Un hombre de unos cincuenta años, avejentado, flaco como una varilla, escucha la radio sentado en una silla de plástico. A uno de los ángeles que está en el arco de la entrada le falta un brazo y, en lugar del brazo, le nace un fierro, retorcido, como si fuese un pirata.

Después el Fabián arranca y sale. Mientras bordeamos el paredón del cementerio (la parte de atrás), vemos de un lado el pantano, lleno de juncos y desperdicios, una montaña de basura; y a la derecha, las cúpulas, los nichos, las palomas, el otro silencio.

–Mejor poné música –dice mami.

Yo, que estoy en el medio, prendo la radio. Se empieza a escuchar una cumbia suave, romántica. Si una se pone a buscar el sol va a ver que el sol está desmenuzado entre las plantas y los edificios del centro. Y también una va a ver un montón de sombras que empiezan a correr por el campo seco.

Las sombras se estiran borrando toda claridad y, cuando pasan, encienden otras luces, los primeros faroles, esos que al principio son, a lo lejos, una llamita naranja para después ser un punto blanco, astillado, en el medio de la noche. Yo a esta hora empiezo a extrañar la quinta, mis cosas. La distancia trae a la nostalgia, dijo el Paco, repitiendo, me parece, una canción.

A la altura del Tiro Federal nos quedan pocas cuadras más de asfalto, por eso escuchamos al Fabián que dice:

–Suban los vidrios.

Después, yo me doy vuelta y empiezo a buscar a los perros que nos corren, como a la ida, libres, fieles. El sacudón breve se parece a un trueno.

La caja de la camioneta es la que larga el ruido. Por eso nacen la tierra, los pozos, la vuelta a casa.

Y así es que pasan apenas unos metros antes de que empiece a levantarse, antes de que la nube de tierra se infle atrás nuestro. Al principio se arrastra como un humo al ras del suelo. Después se empieza a hacer cada vez más grande, como una cola desflecada que lo va borrando todo. Y como no tarda nada, como aparece enseguida, pienso que nos estaba esperando.

Nos estaba esperando. Ahora se ensancha a medida que aceleramos, a

medida que pasan más rápido los palos de luz. Se engorda y se hace fuerte –

mientras vamos perdiendo los últimos galpones, los ranchos abandonados–

para jugar a perseguirnos, para jugar a tragarnos.

–Y a los perros también –digo yo.

FEBRERO

Hoy volví para ridiculizar la sensación que tuve de haberme muerto.

Hoy, hace un año. ¿Eso significa algo? ¿Eso tiene que significar algo?

Tengo en mi cartera el recorte del diario. La cara de Osiris Berman destrozada sobre el asfalto pálido de la avenida Suárez. Yo no estoy en la foto. Yo soy, en el recorte, un comentario vago e impreciso. La laguna ahora está quieta. Veo un cielo gris. Hace frío. Unos pájaros en bandadas detrás de unos juncos. Yo estoy bajo el sauce retirada del balneario. Apenas la suave brisa arrastra el murmullo de un par de parejas, de los pescadores, en bote o metidos hasta la mitad del río, donde el Salado y la laguna se unen, donde hay olor a melancolía. Pienso en eso, en el olor a melancolía, mientras un mosquito se posa en mi vientre blanco, crecido. Si me pica, ¿picará también al bebé?

*

Ahora recuerdo aquel día: 10 de febrero de 1999. Domingo a la tarde.

Yo estaba en casa recostada mirando una película. A Martín se le había dado por encontrar una maqueta que había hecho en la facultad. Empezó a desordenar la casa. Me pidió que lo ayudara y me negué. Por eso se puso agresivo. Yo no tenía ganas de pelear. Estiré la mirada hacia el mueble de las fotos y la vi a Leonor. Supe, inmediatamente, que tenía que ir a verla a Junín. Me vestí enseguida. Me armé una canasta con frutas. Evité el definitivo choque. Le di un beso en la boca y le dije que me llevaba el auto.

Estuvo gritando y preguntándome a dónde carajo me iba hasta que doblé en la esquina de la despensa sin responderle.

Antes de tomar la ruta entré a la estación de servicio, llamé a Leonor y le dije que me esperara. Se puso muy contenta. Leonor, desde que se separó de Ricardo, se fue a vivir a la laguna. Puso una proveeduría y alquila una casilla a los turistas. Los hijos de Leonor estudian en La Plata y por eso ahora se siente muy sola.

Tomé la ruta provincial; en una hora estaría en la laguna. Ya el hecho de haberme atrevido a romper la rutina sagrada del domingo me había liberado. Aunque me volviera en ese momento ya el domingo para mí era otra cosa. Los chicos que iban a las quintas en motos y bicicletas quedaban en el camino. Las ráfagas de olores a quinoto, durazno y frutilla me

llenaban de pronto el auto. Las ventanillas abiertas, el viento zumbando en mis oídos, el pelo desparramado. Una alegría secreta, como un grito contenido en el nacimiento de mi vientre.

Viajé todo el tiempo escuchando boleros. A las dos y media estaba entrando a la laguna. Era un día templado. Bordeé la costanera. Estacioné el auto frente a la proveeduría. La zona de los bañistas estaba del otro lado.

Por eso la tranquilidad, el ruido del viento entre las ramas de los árboles y los pájaros. Leonor estaba debajo de un sauce llorón con un sombrero de mimbre cubriéndole la cara. Empecé a caminar despacio con una manifiesta emoción –hacía un año y medio que no nos veíamos–. Antes de acercarme a Leonor lo vi salir de los baños, se estaba secando el pelo, recién bañado, rubio, el cuerpo con restos de infancia, encerrado entre la infancia y una prematura madurez. Alto, flaco. No dejaba de mirarme. Me miraba como si me conociera, como si fuera uno de mis alumnos. También su mirada estaba atrapada en una confusión, entre infantil y madura. ¿Qué es lo que le llamaba la atención de mí? Yo todavía estaba vestida, ni siquiera me veía con la

bikini floreada, con mis pechos cada día más grandes, bamboleándose. Era hermoso. Llamativo. Era imposible no mirarlo. No dejábamos de hacerlo, cada vez con mayor intensidad. Pero qué veía él en mí. Ninguno de los dos nos incomodábamos, parecíamos encontrar en los ojos del otro una rareza, una emoción desconocida, un murmullo alocado y sanador.

–¡Emi! –gritó Leonor.

Yo la miré sobresaltada, con los ojos rotos. Nos abrazamos. El mismo olor a crema. Después levanté la cabeza y, en la zona de los baños, él ya no estaba.

*

Hoy volví para ridiculizar la sensación que tuve de haberme muerto, escribo en una hoja que no guardaré, que voy a tirar a las ocho menos diez de la noche en la esquina de la iglesia Santísima Eucaristía y que el viento se llevará. Hoy volví para sentir que el tiempo desaparece como el agua entre las piernas de aquel pescador. O como el viento entre las ramas de este árbol. El protagonista de la novela que ahora tengo en mis manos siente al irse de Venecia que muere en cada brazada del gondolero, parado en un extremo, con las piernas abiertas y firmes. Pero vuelve. Y las brazadas

ahora no duelen, esconden una risa. Tal vez la muerte sea lo único preciso –

la muerte verdadera (no la sensación de habernos muerto)– y la vida sea una exageración. Voy a escribir la vida es una exageración en el papel que después, en otra ciudad, voy a tirar, para que el viento se lo lleve. Pero no lo escribo.

*

La tarde de hace un año atrás fue muy distinta a esta tarde. A esta sensación que es la tarde. Desde donde ahora escribo. Aquella tarde nos pareció intensa, luminosa. Caminamos bajo el sol de febrero aferradas a los brazos, con ganas de volver a dejarnos crecer en las miradas una posible esperanza, una remota forma de ser distintas. Los años nos caían encima como pájaros asustados. Alquilamos unas bicicletas y recorrimos la costanera. Después alquilamos un bote y nos internamos en la laguna. Nos alejamos pocos metros de la costa. El sol todavía estaba alto y fuerte. El rumor del agua y el silencio me hundieron en un estado de ensoñación.

Volvimos pronto porque Leonor tenía que abrir la proveeduría.

Antes de bajar del bote me saqué la ropa, quedé con la bikini y me tiré al agua. Nadé. El agua me ceñía el cuerpo, me abrazaba, era como una contención desproporcionada: cálida, espesa, marrón. Leonor se mojó solo los pies. Cuando salimos del agua lo volví a ver. Sentado bajo la sombra de un árbol, solo. Estaba desenredando una tanza. Leonor advirtió la manera en que miraba.

–Son de tu pueblo, hace dos días que están. Vinieron a pescar.

Yo no hice comentario.

A las seis de la tarde aparecieron tres en la proveeduría. Tendrían quince años. Uno de ellos era Osiris. Pidieron y eligieron los otros dos. Compraron galletitas. Osiris no dijo nada. Se dedicó a mirarme. Parado en la entrada, a un lado del metegol. Yo estaba sentada, en la reposera de lona, echándole un vistazo de vez en cuando a la laguna y a él. Cuando salieron, los otros dos jugaron un partido de metegol. Osiris no jugó. Con un aire melancólico –

tenía el mismo espíritu que la laguna– se puso a caminar, alto, flaco, descendiendo por un camino que se llenaba cada vez más de sombras, ignorado por sus compañeros, aunque sabía que por mí no. Yo esperé que se diera vuelta: no lo hizo.

Los dos terminaron de jugar y corrieron apurados, decían que se les hacía tarde, que perderían el colectivo de la vuelta. Quince minutos después pasaron los dos adelante con unas mochilas y Osiris, alto, flaco, hermoso y melancólico, mirando la laguna, un paso detrás. Los dos saludaron a Leonor, que ahora estaba sentada junto a mí. Los vimos salir y perderse por el camino que lleva a la ruta nacional.

–Gustav von Aschenbach –me dijo Leonor.

La miré sin entender.

–Gustav von Aschenbach.

Los comentarios intelectuales de Leonor a veces me molestaban. Ella sabía que yo había perdido hacía rato el hábito de la lectura. Pero esa vez, como casi todas las veces, la ignoré.

*

Hoy llegué media hora después que el año pasado. Hoy es lunes. Martín entró a casa al mediodía con hambre. Le dolía la cabeza. Prendió el televisor. Murmuró dos o tres palabras mientras comíamos la ensalada de lechuga y el bife jugoso. Después dijo que el auto lo dejaba porque tenía una reunión en Moquehuá y lo pasaban a buscar, y además aclaró que iba a volver tarde. Cuando se recostó, preparé todo y salí. Nunca viajé en el auto nuevo. No lo conozco. Por eso viajé más despacio. No paré en ninguna estación de servicio, ni hablé por teléfono con Leonor, ni crucé en el camino a chicos en bicicletas yendo para las quintas. Tampoco el viento me zumbaba en los oídos, ni me despeinaba. Iba conquistando una especie de distancia. Descubrí, esta tarde, hace un rato nomás, que a pesar del número que muestra el almanaque, 10 de febrero de 2000, este día no tiene nada que ver con aquel, salvo en una región: en la memoria, en mi memoria y en la de los padres de Osiris. Este día no significa nada, por ejemplo, para Martín.

La laguna está desierta. Hay dos o tres parejas, abrigadas, tomando mate.

De vez en cuando una lancha, lejos, cruza la laguna. Elijo el mismo sauce para estacionar el auto. De los baños no aparece nadie. Es absurda esta necesidad de reencontrarme con un acontecimiento que tal vez no haya existido. Tal vez lo haya inventado todo. El paisaje, el día, el clima, me motivan a pensar eso. Me siento bajo el sauce. Leo un fragmento de la novela. Después camino por la costanera. Hay un heladero con la ropa blanca y las letras de Frigor descascaradas en la espalda. Está metido para

adentro. Como casi todos hoy. No grita: ¡Helado, palito bombón, helado!

Harán quince grados. Me da pena su espera vana. Le compro un bombón.

No agradece. Camino por el muelle. El viento frío me sacude más. Llego hasta el final. El cielo está veteado de grises. El agua y el cielo se funden en los extremos. El sol es un punto, minúsculo, blanco. El helado me molesta los dientes. Tengo ahora el palito, duro, seco, entre los labios. Desciendo por una escalera pequeña. Me siento debajo del muelle sobre una roca. El agua parece que va a tocarme pero siempre llega hasta el mismo nivel.

Desde allí veo el edificio de Leonor, cerrado, torcido, como si fuese una maqueta. La casilla detrás, con los pastos altos. Mi auto es nada

más que la trompa. El resto está tapado por los árboles y por una viga de fierro que sostiene el muelle. Tiro el palito. El agua se lo traga. Leo de nuevo. Gustav von Aschenbach. La lancha vuelve a cruzar la laguna. Antes de llegar al puerto se detiene el motor, se escuchan las voces de los tres tripulantes, traídas por el viento, que siguen hablando fuerte, innecesariamente. Algo me hace acordar a un sueño que tuve, en una siesta, hace dos meses: en el baño sucio de una estación de trenes, en un pueblo abandonado; el cuerpo de Osiris destrozado en el suelo igual que en la foto del diario; me habla, corro, hay pájaros, la cara de Gorrión Márques, manteles flotando con manchas de vino, risas; la voz de Osiris arrastrada como la de esos tres tripulantes; un pantano, me hundo en el pantano. El sueño se interrumpe.

*

El 10 de febrero de 1999 me marché media hora después de la partida de los chicos. Nos estrechamos en un abrazo fuerte y en promesas de próximas visitas. Pero lo concreto es siempre lo más pequeño. Y esa fue la última vez que la vi a Leonor. Antes de salir de la laguna me corrió, gritando, y me dijo:

–Tenés que leer este libro, gordita.

El libro era La muerte en Venecia. En esas hojas quedaban rastros concretos de Leonor: marcas que había hecho con lapicera; en la última hoja su nombre escrito con tinta negra y un teléfono de Capital Federal. No sé por qué un día llamé a ese número: me atendió un hombre con voz de locutor, feliz, como si estuviera en medio de una fiesta. Corté sin decir nada.

La tarde calurosa despertaba recuerdos: el olor de la brea derretida. La ruta, una serpiente centelleante. El bolero me arrancaba un grito y una

necesidad de que alguien me tocara. Pensé en Martín y no quise ir a casa.

¿Para qué? Osiris. Se entiende que todavía no sabía su nombre, que su nombre lo iba a descubrir al día siguiente en el diario. Pero mezclado con el bolero imaginaba a Osiris, desnudo, masturbándose. Y me metía después en la cabeza de Osiris, que se masturbaba imaginando que me penetraba, y eso me excitaba más que pensarlo desnudo, en una cama.

Llegué al pueblo. Poca gente alborotada en las puertas del cine

Metropol. Vuelta a la plaza. Semáforo. Pensé que tenía que planchar. Quería pasar por la estación de ómnibus. Quería verlo. En una de esas me animaba.

Lo invitaba a subir al auto. Lo llevaría a pasear. A un hotel. En el bar Residencia una pareja discutía. Entré a la estación. En la plataforma solo estaba en marcha el colectivo local. Alguien lo limpiaba para dar una nueva vuelta. Estacioné en la esquina. Descubrí la claridad del atardecer. Una claridad que asomaba detrás de los edificios abandonados que rodean la estación. Estuve un rato y salí. Llegué a la plaza España. Me pareció ver a Osiris caminando, solo, hacia los molinos. Doblé por la Pellegrini en contramano. Iba despacio pegada a la mano de Osiris. Lo llevaría a un hotel. Pero a medida que me acercaba Osiris se transformaba en otro. Doblé con bronca en la Brausen. Seguía en contramano. Por eso me quedé como una polizonte escondida entre las sombras, esperando el momento oportuno para tomar la avenida. Tuve el presentimiento de que no venía nadie, que de la avenida no venía nadie: aceleré demasiado. Tomé la avenida. Vi la puerta verde de la iglesia, entreabierta, para la misa de las ocho. Vi el mercadito de la esquina, los cajones. Pensé en volver a casa de una vez por todas. El golpe me trajo de vuelta a un espacio concreto. El auto se sacudió en la esquina de la iglesia Santísima Eucaristía y la avenida Suárez. Después vi el asfalto pálido, los pinos encorvados en la plaza España, incluso el mástil de la plaza principal, en el fondo de la avenida, medio borroso. Y porque mi corazón se aceleró doblé en la esquina de Pileta.

*

Volver. Las cosas cambian. Ya no son las mismas. El recuerdo, aunque triste, se erige como salvador y pierde todo lo que tiene de absoluto. De derrumbe total. O de triunfo también absoluto. Osiris ya no está. Leonor eligió otro lugar. El día no es –aunque sea el mismo día que el año pasado, 10 de febrero– un día lindo: está gris y tormentoso. Yo tampoco soy la

misma. Mi vientre, por decir algo, cada día crece más, desde hace cuatro meses. Si es varón se llamará Juan Martín, dice Martín. Y si es mujer se llamará María Emilia, dice Martín. Me dan ganas de meter la cabeza en la laguna, dejar el cuerpo bajo la sombra fresca del muelle y hundir la cabeza en el agua sucia de la laguna. Cuando hunda la cabeza en el agua sucia de la laguna y tenga el cuerpo seco bajo la sombra fresca del muelle, podré abrir los ojos, mirar cada filamento de luz clavándose en las profundidades de una tierra vieja. Habrá latas, plásticos. Si hundo la cabeza, pienso, en el agua sucia de la laguna y

abro los ojos no voy a ver peces nadando, viviendo, amando. Lloro. Después vuelvo a caminar por la costanera. Hay un viento cada vez más fresco. Me toco el abrigo. En el bolsillo sobresale el lomo del libro. El mismo viento trae el hedor de los baños. Acelera una moto. Un grito. Me siento en el paredón. Mirando el agua. Abro el libro.

Leo. Me gusta leer siempre lo mismo. La parte en que Gustav von Aschenbach decide irse de Venecia y cree, al irse, que todo es definitivo.

Siente que se está muriendo. Pero vuelve de manera inmediata y eso calma el dolor que se clava en su cuerpo con cada brazada del gondolero, parado en un extremo, con las piernas abiertas y firmes. Ahora las brazadas no duelen. Esconden una risa. Hago el ejercicio mental de recordar las veces que me ha sucedido a mí, lo de no volver. Una pelea con mi hermana, Juanita, en la pieza de la pensión en La Plata. La cara de Federico Souza aplastada en la ventanilla del ómnibus, con una lágrima que se deslizaba enferma. Volver ridiculiza la sensación de habernos muerto. Pero ahora que estoy de vuelta las cosas no son iguales. No estoy de vuelta en el mismo lugar. No está el mismo gondolero. Todo sucede corrido. Desfasado. Es raro. Tal vez esa rareza sea lo que calme. Lo que limpie el terreno para comenzar a construir en la memoria otro edificio y, al mismo tiempo, sea también lo que permita comenzar a modelar el olvido. Es hora de regresar a casa, pienso, cuando una garúa empieza a enchastrar las cosas: mi cuerpo, los árboles, las dos o tres parejas que también se marchan, la maqueta que alguna vez fue la proveeduría de Leonor, los pájaros. El heladero es una estatua debajo de un toldo de lona. Ahora estoy en la ruta. La garúa se ha vuelto lluvia. Ha cobrado la mayoría de edad. Y también ha perdido cierta tristeza. Ya es algo definitivo. Fuerte. Es lluvia. En este viaje no escucho música. Pasando Chacabuco recién deja de llover. Siete y media estoy entrando a la zona de las quintas. Ya se ven las puntas de la iglesia del centro. El edificio de la plaza principal. El cartel de la YPF. En el semáforo

del Parque Infantil mi cuerpo se sumerge en un nuevo orden. El calor del auto y ese nuevo orden me marean. Voy por la avenida de circunvalación.

Me detengo en una esquina de la estación de ómnibus. La claridad del atardecer no es tan intensa. Avanzo por la Viamonte. No doblo en contramano esta vez por la Pellegrini hacia los molinos. Sigo hasta la avenida Suárez. Estaciono. Camino una cuadra. Me siento en las escalinatas de la iglesia Santísima Eucaristía. La gente entra para la misa de las ocho.

Estoy esperando, absurdamente, verme aparecer a toda velocidad por la esquina de la Brausen. Tiro el papel al aire. El papel que tiene escrita solamente una frase. Un leve viento lo arrastra. Lo lleva hacia la avenida.

Lo levanta. Lo hace volar. Pasa entre los cajones del mercado. Y lo sigue arrastrando hacia la Glaxo. Lo dejo ir. Hay cajones de duraznos en el mercado. Oferta por tres kilos. Me vienen mezcladas las caras del sueño y la del heladero. Rebusco en la cartera el recorte del diario. Lo leo otra vez.

Tantas veces. “Conductor atropelló, mató y huyó”. Yo soy un conductor. No hay testigos del accidente. Nadie vio el auto. Nadie me vio tomar la avenida. De todas maneras nunca más pasé, hasta hoy, por esta esquina.

Ahora tengo otro auto. Al día siguiente Martín vino con la noticia: “Se murió el hijo del doctor Berman”, dijo, mirando la foto del diario. “¿El cirujano?”. “Sí, lo atropelló un auto, en la esquina de la iglesia. Venían de pescar en Junín… quince años… Parece que el hijo de puta se escapó. Y

nadie lo vio, nadie sabe quién fue. Andá a encontrarlo ahora”, dijo Martín.

Este día no me recuerda a aquel día. Sí en el almanaque. Pero eso no significa nada. Martín entra, ahora, como hace un año atrás, pero todo es distinto, lo repito, lo siento: trato de forzar una sonrisa, una cara que demuestre un día agitado, un día de muchas cosas, de pensar también en la pareja; espero que me mire, que me toque la panza y que me dé un beso; espero que se vaya para que suene menos importante todo, mi humor, mi mirada, el aire que me envuelve: mi secreto. Espero que atraviese la puerta del baño, que pise, con los zapatos marrones, los cerámicos blancos del baño y le digo, por decirle algo, yendo para la cocina:

–Gordito, traje duraznos.

CABALLO

Ese ansioso caballo del verano.

1. Los duraznos

Polo y Cachila reciben la orden. Almada, apoyado en la puerta del rancho, dice: “Tienen que ir a buscar el caballo y traerlo a la quinta antes del atardecer”. El caballo pastorea junto al río. Lo dejaron ahí el domingo después de las carreras de trote. Es un zaino colorado. Se llama Chúcaro Trelpón. Y ganó la de fondo dando un batacazo. Ahora un tal Samudio, parece, lo quiere comprar.

El río queda del otro lado del pueblo. Tendrán que recorrer, ida y vuelta, cerca de treinta kilómetros. Cachila se moja la cabeza, a un costado del rancho, abriendo ampliamente las piernas bajo una canilla que pierde y está rodeada por un fandango cargado de moscas. Dos o tres hijos de Almada, las mejillas marcadas por líneas secas de moco, lo miran a Cachila mojarse la cabeza y estremecerse al sentir el agua tan fría en la nuca. Polo, en cuero, la honda colgada en el cuello, lo espera en la calle, montado en la bicicleta.

Cachila se sube en el caño. Y los hijos de Almada empujan la bicicleta para que arranquen. Después son los perros flacos y hambrientos de Almada los que hacen la custodia, más o menos, hasta la Cerámica abandonada. Y es a partir de ahí que viajarán solos y escucharán, ellos, Polo y Cachila, nada más que el rumor de las palomas y algún que otro pájaro de la siesta.

Polo hace fuerza y pedalea. Con cada pedaleada roza, apenas, los muslos escuálidos de Cachila y, también, golpea con su pera el pelo pajoso y mojado. ¿A qué huele Cachila? ¿A humo? ¿A madera quemada, húmeda?

Recién antes de cruzar la calle asfaltada –el camino del centro, como lo llaman ellos– empieza a sudar, empieza a sentir el peso que supone cargar a Cachila en el caño, aunque Cachila sea casi una pluma. En la calle asfaltada se detienen porque avanzan dos camiones cargados. Cachila salta y Polo, más flojo, descansa apoyando una pierna en la tierra. Polo piensa en hormigas. Cada vez que tiene un tiempo libre piensa en hormigas: le han dicho que la reina madre es grande como un sapo. Una hormiga parecida a un sapo. Los camiones cargados rezongan y al pasar desprenden una lluvia de cereales que saltan por debajo de las lonas azules; flamean, las lonas, por

la velocidad pesada que traen los Bedford. Ahora, ellos, que no tienen

el apoyo de los hijos de Almada para arrancar, deben ingeniárselas para retomar el camino. Y hacen así: Polo pedalea y Cachila trepa a la carrera en el caño. Cuando lo hacen, después de cruzar la calle asfaltada y de sentir lejanos los ronquidos de los camiones, la bicicleta tambalea un poco. Pero luego de un forcejeo brusco Polo retoma las riendas, el control. Y siguen la marcha.

Saben que detrás del canal de la depuración está la quinta de Schultz.

Saben, también, que después de esa tardecita de domingo no han vuelto a pasar por ahí. Cuando Polo quedó enganchado en el alambre de púa y vio la cara de Schultz atrás de la carabina empuñada: un ojo cerrado y unas palabras resecas saliendo furiosas de esa boca. Entonces supo, Polo, esa vez, lo que verdaderamente era el miedo. Cachila pudo correr. Corrió tanto y tan ciego que cayó en uno de los fosos aledaños al canal. No se rompió una pierna de milagro. Pero ahora saben, los dos, que cruzando el canal de la depuración van a tener que enfrentarse, después de aquella tardecita de domingo, otra vez, con la quinta de Schultz. Y es por eso que sienten, al mismo tiempo, esas ganas de revancha.

Schultz, en realidad, es el cuidador de la quinta. El dueño es un tipo de Mercedes que nunca está. El que vive y trabaja ahí es Schultz. Por eso a la quinta la llaman la quinta de Schultz. La quinta es una plantación de duraznos. Los viernes a la tardecita, en verano, entran unos camiones que, dos o tres horas después, casi de noche, salen cargados y luego, los fines de semana, los duraznos son vendidos a los costados de las rutas en esos puestos que también venden quesos y salames.

Ese lugar es un desafío. La vez que lo intentaron lo hicieron mal. Por eso es un desafío. Por ejemplo: entrar a la quinta de Laviña era más fácil.

Siempre se metían en el terreno del viejo Laviña que tenía ciruelas y moras.

Pero el viejo Laviña nunca les dijo nada. Una vez los agarró colgados de la planta de ciruelas. Y la señora de Laviña los hizo pasar y les dio una fuente que sacó de la heladera y comieron unas ciruelas fresquísimas. Y después de eso tomaron agua y se quedaron dormidos bajo la parra del patio. Pero esta quinta es un desafío. Porque es una zona vigilada. Y además porque ya lo han intentado y fueron atrapados.

Después de cruzar el canal de la depuración se abre una curva ancha y a medida que la recorren aparecen, a los costados, las plantas cargadas de la quinta de Schultz y ese aroma suave, caluroso, de los duraznos maduros.

Cachila salta de la bicicleta. Polo no está muy convencido. Polo tiene ganas de hacer un pozo y ver el tamaño verdadero de la reina madre. Cachila, en cambio, tiene ganas de entrar y de romper algo. Eso dice. Polo deja la bicicleta en la cuneta, bajo la sombra de las plantas, y aclara que si entran es para robar duraznos, nada más. Cachila, ansioso, insiste con romper algo.

Pero Polo, ahora, no contesta. Mira la tierra, sentado en la cuneta: si tuviera un poco más de tiempo haría ahí mismo un pozo. “Está bien –dice Cachila, resignado–, pero hay que ver dónde anda Yul”. Polo es ágil para esas cosas: se trepa al eucalipto que tiene más cerca. No hay árbol más difícil de trepar que el eucalipto. Pero Polo parece un gato. Sube con una facilidad increíble.

Ahí está: las manos y las rodillas raspadas, ascendiendo. A medida que trepa el mundo va cambiando. La fisonomía y la percepción del mundo van mutando. Llega a la primera rama. Tiene pegadas en el cuerpo esas cáscaras secas que recubren la corteza del eucalipto. Y el olor lo embadurna. Se le mete en la piel. Ahora Cachila, para Polo, es un pequeño cuerpo atrapado por la sombra que dibuja el eucalipto en la tierra. Está bien alto. A cinco o seis metros. Cachila hace señas desde abajo. Dice cosas. Polo, ahora sí, puede contemplar la amplitud de la quinta de Schultz. El sol pegando con violencia sobre el terreno. Y detrás del puente del ferrocarril, hacia la zona del hospital, un frente de tormenta oscuro avanza. Cachila grita: “¿Lo ves?”. Polo mueve la cabeza diciendo que sí. Schultz está recostado en el pasto bajo la sombra de un sauce junto a la casa. A los perros no los ve.

Pero si Schultz descansa, con un sombrero de paja tapándole la cara, los perros seguro estarán cerca de él. “Vos te quedás ahí, yo entro”, ordena Cachila. Y a Polo la idea le parece acertada. Se recuesta contra una rama mientras mira cómo Cachila se arrastra bajo el alambre de púa y también mientras campanea la siesta de Schultz. Así están las cosas. La mirada de Polo se queda contemplando, ahora, unas columnas de humo blanco detrás de las casillas de la depuración. Cachila se mueve en territorio de Schultz.

Polo desconoce la estrategia de Cachila pero, si Cachila continúa con ese movimiento, dentro de pocos minutos Polo dejará de verlo. Esa posibilidad lo empieza a alarmar. Uno de los perros de Schultz

aparece bajo la sombra del sauce y después se recuesta junto a su dueño. Polo ha perdido de vista a Cachila: va descifrando su camino por el movimiento leve de las ramas de las plantas de duraznos. Y ese movimiento le confirma el temor. Cachila avanza hacia la zona de peligro. Polo concluye que ya no puede hacer nada.

Si grita, despierta a Schultz y alarma a los perros. Debe confiar en Cachila.

Los pájaros, a esta hora, no cantan. Se siente, un poco sordo, nada más que el rumor de unos motores lejanos. Cuando Polo comienza a pensar, otra vez, en el tamaño de la reina madre, estalla un grito.

Después del grito, Polo ve que Schultz se estremece, salta y entra apurado a la casa. Los perros corren, se meten entre las plantas, ladran.

Algo se sacude bajo las ramas. Polo adivina el camino de Cachila, que vuelve. Entonces Schultz reaparece empuñando la carabina. Sale mirando a lo lejos. Polo siente que lo descubre, que Schultz lo encuentra arriba del eucalipto mientras de fondo suenan estridentes los ladridos y el cuerpo flaco de Cachila que se mueve entre las plantas de duraznos. Schultz le apunta.

Polo, aterrado, se larga abrazado al tronco del eucalipto. Cae raspándose todo el cuerpo. El miedo, en ese momento, es más poderoso que el dolor.

Monta la bicicleta. Cachila está a punto de aparecer. Los perros se acercan también a la calle. Polo empieza a pedalear. Cachila asoma unos metros adelante. Grita que se apure. “Dale –grita Cachila–, dale”. Polo hace fuerza.

Pedalea. Los perros aparecerán en cualquier momento. Cachila corre hacia la bicicleta. Tiene la remera embolsada como si fuera la panza de un canguro. Los perros llegan al alambre pero no pueden cruzar por la púa. Se desesperan, pero no pueden. Eso, a ellos, los alivia un poco. Cachila trepa en el caño. “Rajemos –dice–, rajemos”. Polo pedalea. Piensa cosas sin importancia, por ejemplo: que el pelo de Cachila ahora está seco. Piensa cosas sin sentido mientras Cachila todavía sigue gritando; saben, los dos, que una vez que tomen la curva que da al puente del ferrocarril estarán a salvo. ¿A qué huele Cachila? ¿A humo? ¿A madera quemada, húmeda? ¿A qué huele? Esas cosas sin sentido piensa Polo mientras toman la curva que los salvará a toda velocidad. Tienen el grito del triunfo madurando en las gargantas. El

grito trepa, torcido, como las columnas de humo blanco que en este momento ninguno de los dos ve detrás de las casillas de la depuración: pero la cara de Schultz, junto a un poste, apuntándolos, aparece sin sentido, como los pensamientos de Polo. “No parés –grita Cachila–, no parés”. Y entrecierra los ojos. Polo se cubre la cara detrás de la espalda de Cachila. “No parés”, insiste mientras esperan el tiro. ¿Cómo es recibir un tiro?, piensa Polo y ahora, bruscamente, siente que le arde el cuerpo. La bicicleta dobla a toda velocidad. Entonces se escucha la voz de Schultz, mientras ellos pasan por delante, que simula dos disparos: “Pum, pum”, grita. No sienten más que una breve desorientación hasta que la tierra suelta, arenosa de la curva, les hace perder el control. Polo termina en la

cuneta; Cachila resiste un poco, tambaleando, pero al final también cae encima de la bicicleta. Algunos duraznos ruedan en la calle. Y esos gritos de triunfo, que trepaban apurados en sus gargantas, ahora salen suaves pero con la forma lastimosa del lamento.

2. El río

La tormenta de verano –ese frente oscuro que se veía sobre la zona del hospital– se desata, justo, antes de que Polo y Cachila lleguen al puente del ferrocarril. Por eso tienen que correr, porque el agua cae acompañada de ráfagas intensas de viento. Pero la corrida no impide que lleguen al puente empapados. Cachila tira la bicicleta, torcida, contra los pilares de hierro. La bicicleta tiene la dirección descentrada y las ruedas partidas. Polo, chorreando agua, mira los restos de la bicicleta de Almada y trata de encontrar alguna solución. Pero pronto desiste. Chifla doblando la lengua para dentro llamando a Cachila que se ha quedado mirando a lo lejos hacia la zona del hospital. Y le tira dos duraznos verdes. “Comé”, dice. Después de un rato se forma un claro en el cielo. Una luz suave aparece en la zona de la depuración. Las gotas comienzan a caer escurridas. Y, lentamente, la lluvia se suspende. Desde el puente se respira el olor a tierra mojada que invade el aire.

La bicicleta de Almada ya no les sirve para seguir el camino. La dejan bajo el puente. La reaparición del sol impone, lentamente, un aire cada vez más pesado y húmedo. El cansancio y la sed van ganando terreno en los dos. Cachila es el estratega. Siempre da las órdenes. Ahora le dice a Polo, cuando se sienta bajo la sombra de un paraíso,

que pida agua en lo de Barrante. Polo se niega. Aunque tenga sed, se niega. Dice que no, sacudiendo la cabeza. Cachila lo mira serio, le molesta que alguien no acepte su orden. Pero la sed es más fuerte que cualquier recelo. Frente al portón de madera lustrada, Cachila escucha del otro lado las voces mezcladas de los chicos: las zambullidas, las risas, en definitiva, la abundancia. ¿Qué imagina Cachila, ahí, parado bajo el sol furioso frente al portón de madera lustrada? Eso piensa Polo, cruzándose de piernas, en la sombra del paraíso. Cachila se anima y golpea fuerte con los nudillos la madera lustrada. El portón se sacude. Las risas y las zambullidas se detienen. Escucha corridas sobre el césped cálido y acolchonado. Todo se suspende en el silencio de la tarde. Todo es devorado por sonidos lejanos de

chicharras y motores. Pero no hay respuesta. Por eso Cachila insiste.

Golpea los nudillos contra la madera lustrada. “Por favor –dice–, ¿nos pueden dar un poco de agua?”. Del otro lado hay una breve inquietud. Pero, de nuevo, el murmullo apagado, la calma aparente, el sordo rugir de un motor lejano. Polo, bajo la sombra, intuye que algo anda mal. Se para y avanza hacia la quinta. Pero antes de llegar al portón ve cómo una cortina de agua cae, violenta, contra el cuerpo flaco de Cachila. Seguro, piensa Cachila todo mojado, estarán los autos lustrados estacionados bajo la sombra de los sauces y los hombres grandes, en reposeras, tomando limonadas frescas, alentando la diversión de los chicos. Eso piensa Cachila.

Y al mirar a Polo, reacciona. Le saca del cuello la honda, se trepa, sin decir nada, largando un jadeo lleno de rabia sobre el cuerpo de Polo. ¿A qué huele Cachila? Espera que la calma, más o menos, vuelva a reinar del otro lado. Y, cuando nadie lo espera, sentado sobre los hombros de Polo asoma su cuerpo por encima del tapial blanco. Apunta con la honda, amenazante, con un gesto panorámico. Ve casi todo lo que se había imaginado antes. Los chicos divertidos como hienas, los autos lustrados bajo la sombra y, finalmente, se detiene en el ventanal de la casa. Todo es una ráfaga. Los vidrios estallan junto a los gritos de pánico de los Barrante.

Corren. Cachila no puede hacer otra cosa que pensar en la cantidad de agua que vio en esa pileta celeste. Corren, mientras de fondo comienza a escucharse un ronquido suave que trepa lento, adueñándose del aire de la tarde, haciéndose más estridente a medida que llegan al camino de ripio.

Corren agitados, las sienes latiendo con fuerza: Cachila piensa en vidrios rotos, Polo solo siente las pequeñas piedras que va pisando con

las alpargatas mojadas. El camino aparece de pronto y entonces se recorta, nítida, la figura de un camión cargado de grasa y huesos pelados que avanza rugiente. Cachila ordena: “Dale”. Y sigue corriendo con la intención de treparse en el estribo. Polo lo mira desde atrás, cansado. Polo tiene ganas de escarbar la tierra, de ver el tamaño de la reina madre. El camión, en cada acelerada, larga un humo negro. Cachila se trepa pero en el paragolpes trasero. Dice, mirando para atrás, “Dale”. Estira una mano. Polo saca lo poco de fuerza que le queda. Se estira, roza la mano de Cachila. “Dale”, escucha. El humo negro los rodea. Polo, al respirar el gasoil que despide el camión, mientras se trepa con dificultad en el paragolpes trasero, piensa cosas sin sentido, piensa en la fábrica de aceite, en el olor, por ejemplo, que largan las montañas secas de girasoles atrás de la fábrica de aceite.

El que maneja es Aceituno. Lleva la grasa y los huesos al frigorífico.

Polo, aferrado a la caja, lo reconoce. Y sabe que el camión tiene que doblar antes de la barranca en el cruce de La Salada, y es ahí donde deberán saltar para poder tomar, después, el camino que por fin desemboca en el río. Polo mira la cabeza de Aceituno recortada por un pequeño vidrio, en la cabina del Ford. Lo ve como si fuera un muñeco de cera o una pintura estampada en el vidrio. Un ejército de moscas sobrevuela la carga de grasa. “Ahora”, grita Polo cuando el Ford desciende la marcha para doblar en el cruce de La Salada. Y saltan. El camión se recuesta para entrar en la curva cerrada.

Después hace unas rebajas y trepa, estruendoso, largando bocanadas negras de humo hacia el frigorífico. Mientras ese rugido se aleja, Polo y Cachila descubren el camino que buscaban.

Los dos ahora saben que con un gesto, con un leve movimiento de piernas, con un simple amague, incluso, de cualquiera empezará la carrera.

Y eso, los excita. Es Polo el que arranca sin dar ninguna orden. Cachila trata de agarrarlo. Pero Polo ya está disparado. Y, a pesar del cansancio en el cuerpo, de las caídas y el aguacero, avanza por el camino de ripio pisando fuerte con las alpargatas negras. Son doscientos metros los que faltan hasta el río. A los costados crece una frondosa vegetación que desparrama una sombra húmeda. Corren. El agua los espera. Polo piensa que la tierra en el fondo, en el lugar de la reina, por ejemplo, debe ser fresca como en esa zona. Corren. El agua espesa, marrón, los espera. Ahora una mano lo alcanza a Polo. Cachila intenta sacarlo del camino. ¿A qué huele Cachila? Pero forcejean. Mientras corren, forcejean. Y se ríen. Ya no tienen otra cosa más que

el río delante de los ojos, encandilando, bajo el cielo celeste. A un costado las montañas de tierra. Y del otro, quieto, con la cabeza hundida en la gramilla reseca, el caballo de Almada, sobresaltado.

Corren. El río, cálido y marrón, como un vidrio incrustado en la tierra, por fin, les pertenece.

II

LOS LADRONES

Ahora que está jubilado del banco, en las noches de insomnio, Tomaso piensa cómo hubiera sido su vida si hubiese hecho algunas cosas que no hizo. Cuando terminó el secundario, por ejemplo, dejó la pequeña ciudad ribereña donde vivía para irse a La Plata a estudiar medicina. En la pensión que estaba cerca del bosque compartía pieza con un obrero de un frigorífico de Berisso, un tal Mejía. ¿Por qué lo mandaron a una pensión si los padres le podían pagar un departamento? Lo mandaron a la pensión para que se hiciera fuerte. Tomaso, que tenía una personalidad metódica y, por eso mismo, débil, se sintió agobiado. Le molestaba el olor de Mejía, los ronquidos, verlo en esa instancia de intimidad. Dormía pésimo y le resultaba imposible concentrarse en los estudios. Buscaba distraerse caminando por el bosque antes de que amaneciera. En uno de esos paseos conoció a Greta Larken, una alemana que hacía equitación en el club Hípico y que se sintió atraída por Tomaso. ¿Qué cosa le llamaba la atención a una alemana de Tomaso? Su silencio. Tomaso decía las palabras justas. Y eso a Greta la equilibraba, le despertaba una excitación fuera de lo normal.

Caminaban por las diagonales, iban al cine, a las pizzerías de la avenida 7; completaban imaginariamente lo que faltaba de la catedral sentados en el mismo banco de la plaza Moreno. Ella odiaba los tilos, él se divertía secretamente con sus enojos. Una noche de verano que diluviaba se encerraron en la pieza de la pensión y, después de mostrarle la colección de figuritas de animales que Tomaso juntaba cuidadosamente desde los diez años, se empezaron a apretar entre las cobijas con una fuerza rara, maquinal. Hasta que entró Mejía borracho, se sacó los zapatos en la oscuridad y se derrumbó en su cama. Cuando se puso a roncar, Greta y Tomaso reanudaron la batalla.

Esa, se podría decir, es la escena más osada en la vida de Tomaso: los gemidos de Greta en la pieza oscura, el cuerpo de Mejía hundido en su propio sueño y los truenos.

Una tarde fue a verla competir al club Hípico. Greta Larken apareció sobre la pista con un trajecito rojo, montada a un caballo zaino. Saltaba con delicadeza. Se movía con la gracia de una mascota. Sin embargo, Tomaso lo que vio en esa escena fue un reflejo de su vínculo con ella; pensó que era Greta, en verdad, quien lo trataba a él como una mascota mansa. Y algo de

esa idea lo espantó. Después de ese día Tomaso comenzó a evitarla. Ya había recibido la noticia. Tal vez eso había sido el motivo del alejamiento.

Hasta que una tarde Greta le comunicó que se iba a competir a Europa por un tiempo, pero él no le dijo nada. No le dijo que lo habían aceptado como cajero en la sucursal del banco de su ciudad. Esa noche se emborracharon, él habló mucho, rompía los silencios, quiso impostar ser otro tal vez para espantarla. Pero igual lograron apretarse, ahora de un modo violento, contra un tilo del bosque.

Tomaso dejó medicina y volvió a vivir con sus padres a la ciudad ribereña. Por esos años trabajaba en el banco en la caja 3 y no extrañaba nada de La Plata. Al año de haber regresado ocurrió el accidente. Sus padres se iban de vacaciones a Necochea en un ómnibus que cruzaba el país de Córdoba a la costa. Tomaso no quiso ir con ellos. Prefirió frecuentar la ribera de su ciudad en las tardecitas. El accidente ocurrió a la altura de Tandil. Una cosechadora sin luces se les cruzó en la ruta. Cuando supo la noticia se compró un traje azul para despedir los restos en la cochería Di Falco. Entonces se quedó solo, con el Gordini rojo, en ese chalecito amplio y con jardín. Por las noches comenzó a pensar en Greta Larken. Y decidió que no perdía nada con mandarle una esquela: Tengo casa, trabajo y un jardín para soñar juntos. Se quedó con una extraña ansiedad en el cuerpo después. Por eso, para evitar hundirse en la larga espera de una respuesta, una mañana de sábado decidió subirse al Gordini rojo y salir a la ruta.

Mientras andaba y el paisaje se repetía y los nombres de los pueblos ganaderos conformaban una constelación decidió entrar a un paraje que se llamaba Ceres, preguntar por el burdel y acostarse con la

primera mujer que apareciera. Lo hizo. No era alemana: era una rosarina bajita y de pelo canoso. A partir de ese momento, una vez por mes, Tomaso aparecía por el mismo burdel y durante años se acostó con la misma rosarina, hasta que un día no la encontró más.

Cuando cumplió treinta y cinco, y ya habían pasado diez años del envío de la esquela, recibió una carta en la sucursal. Se la alcanzó Sergio Lovuolo, a quien Tomaso había recomendado y hecho todos los contactos posibles para que entrara al banco como encargado de mantenimiento y, por eso mismo, siempre sintió que Lovuolo le debía algo. Con la carta en sus manos pensó que el corazón le había dejado de latir al reconocer el sello postal. Se

encerró en una oficina y leyó despacio lo que Greta Larken había escrito.

Vivía en Ulm, un pueblo en el sur de Alemania, a orillas del Danubio; tenía una finca (usaba esa palabra) con caballos y cultivaba espárragos; le iba bien pero estaba muy sola. Tengo este río y este cielo para los dos, pero necesito tus silencios, decía. Tomaso sintió una punzada profunda en el estómago que lo hizo salir a tomar aire a la calle antes de que abrieran al público. Después quemó, en el baño del banco, la carta de Greta, su foto sonriendo a orillas del Danubio, el pasaje en avión, los quinientos marcos.

Las cenizas tardaron varios días en desaparecer del inodoro.

*

Ahora que está jubilado del banco, por las tardecitas, Tomaso saca el Gordini a la vereda, le pasa un trapo, lo perfuma y sale despacio hacia la ribera. Hay algo en ese destino que le provoca una ilusión infantil. Una manera de renovarse en el día. Uno nunca es el mismo después de un paseo por la ribera, se dice cuando la luz del sol comienza a empinarse sobre los techos. Estaciona el Gordini debajo de un sauce apuntando al barranco, abre la reposera, prende la radio, se queda mirando el movimiento del agua mientras se toma una cerveza helada y piensa cómo hubiera sido su vida si hubiese hecho lo que no hizo.

Blanca Lovuolo, la hermana de Sergio, cuando sale de la Lancaster, la textil en donde trabaja de toda la vida, lo reconoce abajo del sauce y entonces le gusta pensarlo, desde la ventanilla del 428 que toma para

volver a su casa, como una acuarela un poco desdibujada pero colorida. Blanca Lovuolo pesa cerca de ciento cincuenta kilos y usa siempre ropa oscura.

Una tardecita lo ve a Tomaso sentado en la reposera y se anima. Se baja del colectivo y se le acerca. Buenas, le dice. Tomaso, entredormido, la mira con desconfianza hasta que la reconoce. Qué tal, responde. Lo veo siempre acá y pasé a saludarlo, me enteré que se jubiló. Sí, ya era hora, ¿cómo está su hermano? Ahí anda, gracias. Tomaso le convida una cerveza helada y le abre una reposera (siempre llevaba una idéntica a la suya en el baúl, que nunca había usado). Blanca acepta, gustosa. Pero cuando intenta sentarse, Tomaso se da cuenta de que no fue una buena idea. Blanca insiste pero no entra. Tomaso ofrece, mejor, que se sienten en el pasto. Les cuesta a los dos pero lo hacen. Blanca tiene arriba de la ropa oscura la camisa de la

Lancaster –celeste con ribetes violetas– y un suave perfume en las manos.

Ya era hora, repite Tomaso. ¿Le gusta acá?, pregunta ella. Tiene algo que me ilusiona, dice Tomaso. Blanca sonríe mirando el río, el sol cayendo en el fondo del río. Cuando oscurece, Tomaso propone llevarla en el Gordini. Por suerte, Blanca entra aguantando un poco el aire y hasta logra cerrar la puerta. Pero a lo largo de todo el viaje, Tomaso no puede evitar rozarle la pierna al meter los cambios. Esa repetición, esa insistencia –la mano tocando un pedazo de piel de otro cuerpo– los va macerando secretamente.

Antes de llegar, Blanca Lovuolo se tira encima de Tomaso para besarlo.

Tomaso, sorprendido, pega un volantazo que lo lleva a subirse a la vereda.

Por suerte a esa hora no hay nadie. Y si bien piensa en el Gordini –en que no haya tenido ningún raspón–, se deja llevar por la euforia de Blanca.

Después de esa noche, la gorda Lovuolo, así la conocen todos en la ciudad ribereña, se incorpora al sistema metódico de Tomaso como un satélite que orbita.

Tomaso la espera en las tardecitas abajo del sauce. Cuando Blanca sale de la Lancaster se toman una cerveza y parten en el Gordini. Blanca le

cocina, le ordena la ropa. Tomaso la deja ocupar los espacios, las habitaciones, le muestra su colección de figuritas de animales que junta cuidadosamente desde los diez años, pero no quiere ni que se meta en el galponcito del fondo ni que se quede a dormir. Eso lo deja claro. Los sábados desayunan en el salón del Regatas: las primeras veces que entraron juntos un silencio se impuso. La gorda Lovuolo y Tomaso: siempre hay un roto para un descosido, es lo que se oía. Pero la repetición le quita el brillo a la novedad y verlos charlar periódicamente en la mesa junto al ventanal dejó de ser llamativo. Los domingos, sí, Blanca se queda a dormir. Si bien Tomaso ya no siente el cuerpo como antes, se la rebusca para hundirse entre esas piernas gordas –ese mundo vibrante y estremecedor– y, también, se deja atrapar por la voracidad de esa mujer. Después de la batalla, cuando el cuerpo de Blanca queda exhausto y la respiración se empieza a confundir con un ronquido asmático, Tomaso sabe que el tiempo ha pasado y que la pasión que sintió en aquellos días por Greta Larken no volverá.

Cuando cumple los setenta, Blanca le hace una torta y le regala una acuarela que preparó en las clases que toma en el sindicato de la Lancaster.

Es un retrato tuyo, le dice con los labios pintados. Lo que se ve es una

figura alargada, debajo de un sauce, mirando un paisaje desdibujado pero colorido. Tomaso se emociona genuinamente y, a pesar de ser un miércoles, le pide que se quede a dormir y cuelga la acuarela arriba de la cama. Esa noche llueve mucho y el agua se filtra por los techos. Se le inunda el garaje, el Gordini se moja. Entonces piensa que ya es el momento; que ya es el momento de cobrarse aquel favor que viene arrastrando desde hace tiempo.

Es ingrata la vida de un metódico. En el desayuno le dice a Blanca que le pida a su hermano Sergio si no puede venir a arreglar el techo de la casa. Le sorprende que Blanca postergue o evada la posibilidad durante algunos días.

Lo que ella no quiere decirle es que a Sergio no le gusta nada la relación que mantiene con Tomaso; le parece un viejo peligroso; hay que desconfiar de alguien que no tiene amigos y que se la pasó toda la vida solo, es lo que dice Sergio. Pero Sergio acepta el trabajo porque también siempre le intrigó la vida de Tomaso. Y poder meterse en su casa es algo que, en algún sentido, lo excita.

El día que Sergio Lovuolo llega, para evitar cualquier pregunta del viejo sobre cómo está la cosa en la sucursal, impone una distancia que resulta violenta; entra con una garrafa, unas cajas metálicas, algunas herramientas pesadas y con su hijo Pitu, un muchacho silencioso y con una sonrisa irónica permanente. Tomaso se inquieta ante esa sonrisa, no sabe si se ríe de él o es una mueca estúpida y congelada. Pitu no habla y cuando habla es para cagada; siempre tiene algo en la boca, siempre muerde algo. Agacha la cabeza y acata el maltrato de su padre. A ver si servís para algo y me traés el martillo, le dice; o, en voz baja, le murmura: Vos sí que tenés la conchita fresca, pendejo. Tomaso escucha eso mirando por la ventana que da al patio; mira los árboles que van perdiendo algunas hojas. Le da miedo que la haya maltratado a Blanca. Le da miedo que Sergio la haya maltratado igual que maltrata a su hijo.

Tomaso le propone a Blanca que se vaya a vivir con él, que deje esa pieza que le alquila al hermano, esa pieza que le levantaron atrás, en un pedazo del patio, y le propone que se traiga las cosas. Puede ser después de que terminen de arreglar el techo. A Blanca se le humedecen los ojos y se entrega a los brazos de Tomaso. Esa noche, recostados en la cama grande que van a compartir, se cuentan cosas que nunca antes le contaron a nadie.

Blanca dice que les tiene terror a los aviones, que se ahoga en los sueños

cuando viaja en un avión porque –siempre se le presenta así– ella sube al avión muy feliz y cuando está por sentarse advierte que no entra en el asiento, la gente se empieza a incomodar, le piden que se baje para no atrasar el vuelo y ella no sabe qué hacer. ¿Cuándo viajaste en avión?, le pregunta Tomaso. Nunca, dice ella, pero me da terror. Tomaso, en cambio, cuenta algo que no está muy seguro de contar, pero si tomó la decisión más importante de su vida, convivir con una mujer, tiene que contarlo y espera que Blanca lo entienda. Dice que, además de su colección de figuritas de animales que junta cuidadosamente desde niño, durante casi veintiocho años, en sus visitas a la ribera, fue cazando sapos, al menos, uno por día. Y

los fue guardando en un lugar especial que preparó, allá, en el fondo, abajo del galponcito de las herramientas. ¿Un sapo por día durante veintiocho años?, pregunta Blanca con una voz fría pero controlada.

Sí, dice Tomaso.

Unos días antes de terminar el trabajo, Sergio le pide plata a Tomaso para comprar unos materiales imprevistos que necesita y para que le adelante parte del pago total. Tomaso lo mira con una ingenuidad sorprendente y le pregunta: ¿Cómo? Sergio no dice nada, también lo mira encendiendo la llama de la soldadora. Yo no te voy a pagar nada, le dice Tomaso, si yo te hice entrar al banco cuando vos estabas muerto de hambre.

Sergio queda desconcertado como un boxeador que recibe un golpe seco en la mandíbula. Se queda así, grogui, un rato, hasta que reacciona. Viejo de mierda, si no me pagás te quemo la casa, le grita y, por un impulso infantil, deja las herramientas tiradas y se va dando un portazo. Pitu no sabe qué hacer, lo mira a Tomaso con esa sonrisa estúpida. Y Tomaso siente que es el momento de sacarse de encima esa incomodidad. A ver usted: mándese a mudar de acá, le dice.

Esa noche, Blanca trata de calmar al hermano y le cuenta lo que Tomaso le contó. Le dice que durante veintiocho años fue cazando de la ribera un sapo por día. Y los fue guardando en un sótano que tiene debajo del galponcito de las herramientas. Blanca dice que eso le da demasiado asco, que le repugna. Blanca no dice nada de la propuesta de irse a vivir con el viejo, no dice nada porque empieza a dudar. Viejo miserable, junta bichos, dice Sergio. Bichos verdes, agrega entonces el Pitu, que nunca habla. Pero cuando Sergio escucha esa palabra comprende algo, comprende algo bien profundo. Comprende algo que durante años, como un rumor subterráneo, lo fue intrigando. Su hijo Pitu, que nunca habla, y cuando habla es para

cagada, ahora, en cambio, acaba de poner una pieza clave, la pieza que faltaba en el rompecabezas de Sergio. Está, como se dice, ante una verdadera revelación.

Durante una semana Tomaso no sabe nada de Blanca y mucho menos de Sergio y de Pitu. Las herramientas están tiradas por toda la casa. Y cuando pregunta en la puerta de la Lancaster por Blanca Lovuolo, le dicen que está con permiso médico. Tampoco encuentra a Sergio en el banco. Vuelve a entrar a la sucursal después de años, después de haberse prometido no entrar nunca más, y un empleado que no lo conoce, que no había nacido incluso cuando él empezó a trabajar en

esa sucursal, le dice que no puede darle información sobre el personal del banco. No quiere ir a la casa de los Lovuolo. Prefiere esperar.

El que guarda tiene, eso dice todo angurriento. Y el viejo es un angurriento. Basta con hacer bien la cuenta, con sumar despacito y hacer un cálculo más o menos estimativo. Ese es el punto. El viejo la hizo bien.

Porque, ¿cómo se hace para comprobar una filtración chiquita? Una pérdida grande es fácil de detectar, pero una filtración chiquita no. ¿Cómo carajo se hace? Uno por día, y de los grandes, durante cerca de veintiocho años. Por eso es importante contar bien. Si son veinte días por mes, sin tomar en cuenta los fines de semana, al año da doscientos cuarenta. En diez años son dos mil cuatrocientos. En veintiocho años, pongamos que sea veintiocho para redondear, son seis mil setecientos veinte bichos verdes. De los grandes. Es decir, de los de cien. Ningún gerente puede controlar semejante filtración. No hay nada más absurdo que la vida de un metódico que no hace nada con su método. En suma, el viejo tiene en el sótano del galponcito de las herramientas de su casa más de seiscientos mil dólares, ¿qué tal?, les dice Sergio, con cierta euforia, a su hermana Blanca y a su hijo Pitu.

La madrugada planeada por Sergio Lovuolo para entrar a la casa del viejo (cuando, incluso, están arriba del auto, los tres, esperando el momento oportuno) se pone a llover, otra vez, torrencialmente. El agua se mete con mucha más fuerza en el chalecito de Tomaso. No solo moja el Gordini, moja los muebles, los pisos de madera, las herramientas de Sergio, la acuarela que cuelga encima de la cama donde Tomaso está acostado con los ojos bien abiertos. Como un náufrago que se aferra a un pedazo de madera

en el mar, Tomaso se abraza esa madrugada al recuerdo de Greta Larken, siempre luminosa, cultivando espárragos en su finca alemana o andando, por ejemplo, encima de un caballo zaino a orillas del Danubio.

EL ORIGEN DE LA TOS

¿Sos vos?, digo. ¿O se trata de un recuerdo enjaulado? Soy la misma, dice, un poco distante y vidriosa. Se ríe. Ella está lejos. Tose. La gobierna una gripe fuerte. Yo, en cambio, estoy en Europa, en la ciudad de Kafka.

Afuera hace calor. Praga tiene un aire que parece delicado, pero, al final, te embriaga. Le digo eso: Sin que te des cuenta te embriaga. Ella tose, con intermitencia. Se estremece. Y la pantalla también. Por momentos parece congelarla. Por eso un silencio extraño nos deja en suspenso. Imagino que mi cara también queda fosilizada del otro lado, en la pantalla de su notebook. Al rato, en fragmentos, su voz regresa chirriante. Ahí estás, digo.

¿Qué decías? Que tu tos me hizo acordar una historia, más bien parece una pesadilla. Yo hace mucho, dice, que no sueño: la fiebre me hace ver cosas extrañas, pero no son sueños. ¿Son pesadillas? Las pesadillas no existen, dice ella y cita a Lacan. Por eso me río y pienso en Kafka para refutar ese argumento caprichoso, esa cita falsa. Cuánto hace, pregunta entonces.

¿Qué? Cuánto hace que no nos vemos. Creo que dos años. ¿Tanto? Y sí, ya hace un año que vivo acá y la última vez fue en la fiesta de Guada. Ella asiente y esboza un principio de tos. Pero no le sale. Es verdad, dice, Guada. Nos miramos. Los ojos vidriosos. Y pensamos en ese tiempo. En la última vez. En los momentos íntimos que siguen, a pesar de la distancia, vivos. Eso dura poco. Después ella dice: Dale, contame esa historia. Yo miro por la ventana. Praga está quieta y calurosa. Los árboles verdes. Se trata de la autobiografía, digo, de un médico. La descubrí hace unos días en la Biblioteca Nacional. Un médico que vivía en Praga antes de que estallara la Segunda Guerra. Era imponente Praga en esa época. Más que ahora. Vi fotos. El tipo vivía en un departamento cerca del barrio Nové Město. Y

trabajaba en una clínica aledaña a la casa de Kafka. Por eso lo veía pasar todos los días. Y su figura, al médico, le generaba compasión. Se había, incluso, obsesionado con ese cuerpo, con esa vida. Supo enseguida que Kafka trabajaba en una casa de seguros. Y muy pocas veces, según cuenta, lo vio escribiendo, solo, en un café. Kafka después de almorzar, parece, regresaba un par de horas a su casa donde aprovechaba para dormir un poco. Una siesta. Cuarenta y cinco minutos. Luego se duchaba. Leía unas poesías escogidas la noche anterior, antes de dormir. Era un tipo meticuloso.

Como Kant, dice ella. Y después regresaba, digo, al trabajo tratando de

memorizar esos versos. Pero una mañana de sábado, Kafka empezó a oír ruidos en el departamento de al lado. Se trataba de una mudanza. Un matrimonio, relativamente joven. Eran húngaros, intelectuales húngaros. A la única que se empezó a cruzar después, en la calle, fue a la mujer, amable y esmirriada. En cambio nunca pudo ver al hombre. Tenía una voz gruesa.

Y se lo oía bastante autoritario. La maltrataba. A veces golpeaba cosas contra las paredes. Hablaban en húngaro cuando peleaban. Esa presencia comenzó a perturbar la vida de Kafka. Imaginaba al húngaro con los rasgos de su padre. Tal vez por eso Kafka no intervenía. Más bien se fue acostumbrando a esa invasión. A esas voces. Un día, cuenta el médico, Kafka empezó a toser. Una tos leve, primero. Después la tos fue ocupando su cuerpo. Como un ejército. La invasión demoró tres semanas. Cualquier brisa leve le arrancaba esa fuerza incomprensible. El cuerpo de Kafka se doblaba. Una vez lo vio desde su consultorio. Los músculos del abdomen, endurecidos, estaban a punto de desgarrarse. Lo único que pudo hacer Kafka, cuenta el médico, en esos días, fue bocetar en su diario la evolución de la tos. La describe como un animal. Una mañana el médico sintió que golpeaban suavemente la puerta del consultorio. Cuando abrió ahí estaba.

Tirado en el suelo. El médico pensó que hacía mucho no lo veía en sus caminatas rutinarias. Kafka se tapaba la boca con un pañuelo. Apenas balbuceaba. Con su asistente, un joven de Baviera, lo llevaron hasta una camilla. Comprendió la gravedad de la situación. Buscó en uno de los anaqueles y comenzó a preparar el instrumental. Hay un largo párrafo donde el médico cuenta la historia de ese instrumental. Se lo había regalado la madre que no pudo verlo recibido de médico. Era la primera vez que lo iba a usar. El asistente, un joven de Baviera, le hizo abrir la boca a Kafka (fue una tarea compleja) mientras el médico instalaba el instrumental. El asistente colocó la pera de Kafka en un morral. Y así quedó con la boca abierta. Al principio tuvo convulsiones, pero el instrumental abortaba la fuerza de la tos antes de que estallara. Después de dos breves e intensas convulsiones, el médico hundió las varillas metálicas, según dice en la autobiografía, pensando en la cara de su madre. La primera expedición fracasó a causa, sin dudas, de la inexperiencia con el instrumental. Fue en la segunda expedición que se topó con el objetivo. Una vez que atenazó con las varillas metálicas lo que buscaba pudo hacer gala de sus conocimientos.

El origen de la tos, le dijo a su asistente, se explica por la presencia de elementos extraños. Como este, dijo. Y sacó del interior de ese cuerpo que

lo obsesionaba un elemento viscoso, semejante al feto de un gorrión. Así lo describe. El asistente se impresionó mucho. Era joven y de Baviera. Kafka tenía la boca abierta por el instrumental. Las piernas no tocaban el piso.

Kafka tenía los ojos oscuros y enormes. La descripción de ese momento es escalofriante. Después de eso, el médico cuenta que puso una foto de Kafka en la sala de espera del consultorio. Se entiende, cuenta el médico, Kafka todavía no era Kafka. Pero murió de tuberculosis, dice ella. Sí, unos años después. Yo no me voy a morir de tuberculosis, dice. Nadie se muere de tuberculosis hoy. ¿Y por qué me contás esto? Qué, ¿te da miedo? Me impresiona. Imaginate lo que me pasó a mí cuando leí eso en la Biblioteca Nacional. ¿Cómo se llama? ¿Quién? El médico, dice ella. Joseph Browe.

¿Y el libro? Mis recuerdos de Praga. Qué quiere decir, dice ella, que Praga te embriaga. El aire, digo, es especial. La verdad que esas historias kafkianas a esta altura, me dice, son un cliché. Sí, digo, pero demuestran que las pesadillas existen y se disfrazan, siempre, con nuevos ropajes. Yo no me voy a morir de tuberculosis, dice mientras se ata el pelo. Entonces un deseo se despierta. Lo que se fue acumulando, de a poco, con los años.

Como un animal encerrado, que arremete. Y quiere salir. Por eso decido largar, de una vez, lo que me amarra a ese puerto abandonado. Te llamé, digo, porque quiero decirte algo. La miro a los ojos. Los ojos vidriosos. Ella escucha. Parece escuchar. Hablo cinco o seis minutos. Menciono lugares viejos. No sé por qué pienso en estaciones abandonadas. En colectivos cruzando, de noche, pueblos dormidos. Ella mira atenta. Quieta. Nunca tose. Yo soy sincero. Manejo los tiempos. Y me atrevo a largar, incluso, una lágrima. No hay reproches. Cuando termino, un silencio seco se prolonga.

La miro. Espero algo. Pero ella no reacciona. Espero su voz. Despegarme, por fin, de ese muelle podrido. Pero ella nunca reacciona. Está quieta. Ahí.

La cara craquelada en una mueca absurda.

EJÉRCITO ENEMIGO

La historia de Salvador Briceño, el hijo del doctor, se empezó a

conocer más o menos al mismo tiempo que se realizaban los juicios a la Junta Militar en 1985. Por eso, si bien aparecieron algunas notas en la prensa, todo quedó ahí, como una historia menor entre tantas historias que estaban saliendo a la luz.

El hijo de Briceño estaba obsesionado con la guerra. Tal vez por el estímulo de su padre: por la manera en que le leía historias de guerreros antes de dormir. Tal vez por la fascinación que le producían los desfiles militares. Siempre pensó a la guerra desde la lectura. Es decir, como un juego. Eran las palabras más que el acto mismo de la guerra las que lo apasionaban. Con el tiempo, es lógico, una cosa se enreda con la otra y el hijo de Briceño empezó a confundir los bordes.

Estaba entrando en la adolescencia cuando una tarde en el taller de hojalatería de la escuela industrial de Belgrano tuvo un roce con el celador Macaya. En verdad Macaya no hacía otra cosa que burlarse de ciertos alumnos sistemáticamente. Su alumno preferido para eso era el hijo del doctor Briceño, ese negro que habían adoptado y traído de algún rancho de Catamarca y que algunas maestras decían que portaba un déficit de comprensión: la boca caída, la lentitud para entender los mensajes, cierto tartamudeo al hablar. Cuando lo trajeron de bebé, a principios de los sesenta, la mujer del doctor Briceño lo empezó a mostrar en su entorno, en los cafecitos que compartía con las mujeres de otros doctores, después de una larga lucha por tener un hijo. Lo mostraba con cierta ternura. Porque estaba claro que lo único que ella saciaba con esos encuentros era un sentimiento de caridad. Si ella hubiera sido madre de verdad no hubiera tenido un niño así. Pero lo que la volvía diferente al resto de las mujeres que miraban al negrito como si fuera un mono traído de la selva era que ella sí se había atrevido a adoptarlo. Y que ese sentimiento cristiano, finalmente, la empujaba. El celador Macaya, entonces, esa tarde dijo que Briceño tenía que barrer de punta a punta el taller, si no se iba a quedar encerrado toda la noche, solo, en la escuela hasta que lo hiciera. Los demás alumnos se pusieron a reír.

Macaya hablaba serio. Si había algo que le daba terror a Briceño era quedarse solo. De pronto comenzó a ser rodeado por Macaya y por un

grupo nutrido de compañeros que lo arrinconaron contra la pared esperando que el muchacho dijera algo o se pusiera de inmediato a barrer ese galpón que ocupaba cerca de media cuadra. Pero lo que le pasó a Briceño, así rodeado, fue que terminó de comprender lo que significaba la guerra. La guerra no era solamente eso que su padre le leía en las noches. Esas aventuras entre guerreros antiguos o entre indios y gauchos. Cuando se está en una guerra se pelea. Por eso la

tijera que se clavó en la pierna del celador Macaya y en la mano de Ricky Barbieri fue como invadir un territorio, es decir, una forma de ocuparlo.

El doctor Briceño se encargaba desde hacía casi una década de hacer salvar del servicio militar a los hijitos de mamá, pequeños burgueses y ricachones desesperados. El doctor Briceño los recibía, en una primera entrevista, en su consultorio del centro y disfrutaba verlos cagados en las patas, sudando esa desesperación. Después hacía el registro final en el Hospital Militar. Casi todos buscaban una respuesta, decían que no podían permitir que sus hijos cayeran en esos lugares, se mezclaran con la gente que sí necesitaba ese tipo de disciplina. El doctor Briceño tenía un mecanismo bien aceitado: un vínculo muy estrecho con el general Machuff, una figura de relevancia en Campo de Mayo. Desde ahí se administraba una red que hacía salvar a los que podían pagar (sacándoles una buena tajada) y generaba anualmente un número de plata que les permitía a varios militares, abogados y médicos como Briceño hacer una diferencia importante. Si bien el negocio parecía menor y desarticulado, una especie de cadena de favores, por dentro la cosa funcionaba de manera organizada y sistemática. La recaudación era tan importante que, prácticamente, el negocio de Briceño estaba centrado en eso: manejaba una parte mayoritaria de la provincia de Buenos Aires. Estaba claro, aunque no se explicitaba, que fueron esos contactos y esa influencia de Briceño lo que evitó la expulsión de su hijo de la escuela.

Por ese tiempo, el doctor comenzó a llevar periódicamente a su hijo a un grupo de entrenamiento de Campo de Mayo. Sabía que si no hubiese hecho un acuerdo, el Ejército no lo hubiera aceptado. Allí estaba la paradoja: el doctor salvaba a los otros y arreglaba las condiciones para que su hijo pudiera tener algo parecido a un ejercicio militar. Lo llevaba una vez por mes, cuando él hacía sus rendiciones. Se alojaba durante el fin de semana, quedaba al mando de un suboficial. Le rapaban los bordes de la cabeza y salía a correr. Se iba poniendo físicamente cada vez más grueso.

Aprendió a tirar. Cocinaba para buena parte del regimiento. No gozaba de ningún beneficio. Al contrario. Fue en esos entrenamientos donde el suboficial a cargo lo detectó de inmediato. La dificultad para hablar, la sumisión exagerada y el entusiasmo extremo de Briceño por la figura de la guerra lo distinguían. Por eso delante de algunos conscriptos el suboficial lo expuso: le dijo que a partir de ahora iba a tener un nombre de guerra y sería el aspirante Mudo. Cuando entrene, a usted no se le va a caer ni una palabra, decía. Nadie podía reírse ni siquiera ante el orgullo que Briceño sentía por tener un nombre de

guerra. Calladito la boca, aspirante, decía el oficial mientras desplegaba, en cada nuevo encuentro, el ritual metiéndole la cabeza en el inodoro. Un nombre de guerra es una clave secreta, le decía.

En 1980 egresó de la escuela industrial y el doctor Briceño le compró un departamento pequeño por Congreso y consiguió un puesto decorativo en una oficina del edificio Libertador. Después del 78, el doctor Briceño había profundizado los vínculos en la estructura del gobierno por el crecimiento que había tenido el general Machuff. Ahora no solo manejaba el negocio de la provincia de Buenos Aires, también Santa Fe y Córdoba. Es decir, las provincias con mayor cantidad de sorteados para el servicio militar. Hasta el mismo general Machuff llegó a ofrecerle una subsecretaría que después de una noche de insomnio, pensando en el desafío y la responsabilidad que implicaba, denegó. Por mi familia, argumentó Briceño.

Sabía que ante los ojos de quienes le habían hecho el ofrecimiento quedaba como un reverendo cagón; pero pudo, de todos modos, incorporar a su hijo en ese puesto que solo implicaba completar planillas de manera mecánica.

Para el hijo de Briceño ingresar todos los días en ese edificio de la avenida Paseo Colón, aunque fuera para llenar planillas, lo ponía en un lugar de enorme expectativa. Estaba en carrera. Había que esperar el momento oportuno. Porque siempre se presenta una oportunidad. Había estado cerca el enfrentamiento con Chile. Osorio, su compañero de oficina, le contaba una y otra vez cómo lo habían movilizado hasta la propia cordillera.

Veíamos Chile del otro lado, nunca antes había cruzado una frontera, nunca antes había salido de mi país, le decía con un tono cargado de falsa épica. Y

le contaba que cazaban animales para comer y que lo más emocionante había sido andar, tantos años después, por la senda del Libertador. Las historias de Osorio alimentaban la ilusión de Briceño, la ilusión de vivir una guerra era posible. Che, pero oíme una cosa: no te olvidés que ahora

estamos en guerra, decía cada tanto Osorio señalando las planillas en el escritorio.

La guerra a la que se refería Osorio era una guerra que le costaba entender a Briceño. Porque del otro lado no había un ejército claro. Porque no había un campo de batalla delimitado. En fin. Era otra

cosa. Y si le costaba entender algo más bien dejaba de tener interés para él. Aunque las planillas que completaba de manera mecánica fueran nombres y direcciones que tenía que sistematizar. Con Osorio armaban listas. Briceño solo copiaba de un papel a otro. Por las tardes caminaban por el Bajo buscando algún bodegón para tomar vino. Osorio era tucumano, le gustaba contar historias y había algo que los unía. Seguro que a Briceño le gustaban las historias de Osorio. Y Osorio se sentía escuchado. Pero además se parecían. Eran los negritos del primer piso del edificio Libertador. Una tarde, después de bajarse un par de tintos, caminaron por la recova de Alem y ahí Osorio se atrevió a comentarle algunas cosas. Cómo fue que había llegado a Buenos Aires siendo un changuito del norte. Al principio me decían Palito, en joda.

Pero yo no llegué con una mano atrás y otra adelante. A mí me distinguieron con una medalla por mi actuación en el monte. Yo conozco el monte como la palma de mi mano. No se me escapó ni uno de esos roñosos, dijo Osorio que, para esta altura, ya no se parecía al Osorio de la oficina.

Briceño no terminaba de entender muy bien de qué estaba hablando pero oía expresiones que mostraban la experiencia de su compañero: combate, guerrilleros, ejecución. Entonces Briceño se atrevió a contarle cuál era su sueño. Y también se sintió cómodo para descargarse contra esos cagones que no hacían otra cosa que escaparse de la colimba. Mi viejo los conoce bien, dijo. Una guerra es una guerra, hermano, y no cualquiera está preparado, aclaró Osorio antes de meterse en un colectivo y de perderse en la ciudad.

Después de esa noche las cosas con Osorio comenzaron a ponerse distantes. Osorio trabajaba en silencio y empezaba a evitar las salidas por el Bajo. Briceño se creía al principio todas las excusas que le daba el tucumano. Si algo había pasado después del último encuentro fue que Briceño empezó a respetar cada vez más a Osorio y, esa distancia que se iba imponiendo, le daba también un aura de admiración. Pero a Osorio le pasaron otras cosas. La más contundente fue que supo que Briceño era el hijo del doctor Briceño. El mismo que le había mordido el negocio al general Topita en Córdoba. Y Osorio si estaba en ese puesto del edificio

Libertador no era solamente por su despliegue en el monte tucumano, sino por los favores del general Topita. Se podría decir así: Osorio era un hombre de Topita. Por lo tanto, el dato que Osorio captó sobre Briceño sabía que era clave y podía sumarle algún poroto ante su general. Y sabía que iba a usarlo cuando fuera el momento oportuno.

Una cosa es la táctica y otra la estrategia, pensó Osorio mientras bajaba del tren y empezaba a clarear entre los tinglados de Constitución. Vivía en Villa Elisa. Y viajaba todos los días. Una hora a la mañana, otra de vuelta a la noche. Le gustaba el tren. Era el lugar que le permitía imaginar la vida que quería vivir. El movimiento de afuera genera movimiento adentro, se decía. Entonces comprendió que la evasión era la peor de las tácticas. Volvió a acercarse a Briceño con una propuesta. Invitarlo un fin de semana a Villa Elisa, llevarlo a entrenar al Polígono de Tiro. Estrechar el vínculo.

Así lo hicieron. Un viernes después del trabajo, Osorio y Briceño se tomaron el tren en Constitución. Hacía mucho tiempo que Briceño no andaba en tren. Una alegría infantil lo atravesaba. Osorio señalaba el paisaje, anticipaba lo que iban a visitar. Contaba del barrio, de la casa que le alquilaba a una vieja, ella vivía adelante, Osorio en una pieza atrás, y que a veces le cocinaba como una madre y a veces se enredaban, borrachos, en la cama. La vieja hace unos guisos tremendos y chupa la pija de lo lindo, comentó Osorio y esa frase, con la luz de fondo y el tren a toda marcha, se incrustó en la imaginación de Briceño. Ese fin de semana la vieja se había ido a la casa de algún pariente en La Plata. Pero las visitas a Villa Elisa comenzaron a darse de manera recurrente. Iban a pescar. Hacían asados.

Practicaban en el polígono, Briceño era un buen tirador. Se estrechaba, así, la táctica que Osorio había desplegado. Un viernes la vieja golpeó la puerta de chapa y le reclamó el alquiler a Osorio. Estaban viendo un partido de fútbol. Osorio la sacó a escobazos como si fuera un perro. Briceño le ofreció plata, Osorio se ofendió y lo mandó a la mierda. Pero antes de que Briceño se fuera, Osorio le pidió disculpas y le propuso algo. ¿Querés cachengue?, vas a tenerlo, dijo. Se bajaron media botella de whisky y entraron a la casa de la vieja. Venimos a pagarte, decía Osorio. Ester, venimos a pagarte. La vieja estaba en la cama, también borracha, hablaba bajito, con un hilo de voz. Osorio se desnudó, entró a la cama y se tapó con la colcha marroncita que olía a humedad. Gabriel, decía la vieja, el opa no, el opa que se vaya. Briceño salió asqueado. Caminó hasta la estación de Villa Elisa, un poco mareado por el whisky. Algunos autos tocaban bocina,

festejaban. Pensó que seguro había terminado el partido que estaban viendo.

Se enteró de la recuperación recién cuando preguntaba por la hora del siguiente tren a Constitución. Era el viernes 2 de abril de 1982.

Una posible guerra contra los ingleses. Una guerra contra los ingleses por un pedazo de tierra en el sur. O sea, una guerra posible. Y contra los ingleses. Briceño pasó el fin de semana leyendo los diarios y escuchando la radio. Cuando regresó a la oficina esperó con ansiedad a Osorio. Pero Osorio pidió parte médico y durante tres días no fue. Briceño se sintió decepcionado porque no tenía con quién compartir semejante intensidad. Su padre no creía, últimamente, en el gobierno. Estaba pensando más en su jubilación que en otra cosa. Estaba pensando en comprar una casita en las sierras de Córdoba y retirarse con su mujer allí. Esos proyectos lo alejaban a Briceño de sus padres y lo ponían en un lugar de incomodidad. Él quería salir al mundo y sus padres pensaban en retirarse. Era hora de empezar a cortar ese vínculo. Pensó en ir solo hasta Villa Elisa pero no se atrevió.

Finalmente, el día que había fijado para ir sí o sí, Osorio apareció en la oficina. Pasaron muchas cosas, se atrevió a decirle Briceño con entusiasmo.

Esto se va a poner bueno, le contestó el tucumano, se va a poner bueno. El rumor decía que era inminente la llegada de los ingleses. Están alistando tropa y mandándolas al sur, decía Osorio. Yo voy a pedir licencia del laburo para estar a disposición. Escuchar eso fue como un mazazo: Briceño empezó a sentir que se estaba quedando afuera de algo. Tenía que tomar una decisión. Llamó a su padre. Le dijo que necesitaba ayuda, quería enrolarse para ir al sur. El doctor Briceño hizo un silencio largo, del otro lado se oían algunos pájaros y fue bien claro cuando habló: Hijo, todo esto es una locura, no puedo hacer nada. Briceño cortó el teléfono lleno de rabia. Ya era de noche, salió de ese departamento que lo angustiaba y caminó por Entre Ríos. Caminó para distraerse pero, a la vez, buscando la estación Constitución. Se atrevió a tomar el último tren a La Plata. Bajó en Villa Elisa y caminó de memoria, oyendo los sapos en los zanjones, hasta la casa de Osorio. La puerta de chapa estaba entreabierta. Briceño la empujó sin golpear. Osorio no se sorprendió al verlo. Salvador, dijo, vení, llegaste justo. La vieja estaba preparando un guiso de lentejas, había un olor a hogar que hacía rato Briceño no sentía. Tomaron vino viendo las noticias en el televisor que hablaba de la histórica recuperación. La vieja chasqueaba la lengua contra el paladar, solamente hacía ese ruido. Tenía cara de sapo.

Briceño no podía dejar de pensar en eso. Que la vieja tenía cara de sapo. Se durmieron cuando el frío empezó a apretarlos contra las cobijas.

Si acá hay esta escarcha, imaginate allá, en las islas, dijo Osorio

mientras el tren corría a toda velocidad buscando Constitución. Pelear contra los ingleses sintiendo frío, agregó Briceño con la mirada clavada en el paisaje. La ventanilla cada vez más empañada. Osorio lo miró fijo y empezó a sospechar lo que estaba pasando. ¿Te gustaría ir?, preguntó. Más vale, pero mi viejo es un cagón, confesó Briceño y se hizo un silencio larguísimo. El resto del viaje no hablaron. Fue el tiempo necesario para que Osorio aclarara las ideas. Lo primero que hizo al llegar a la oficina fue llamar, finalmente, al general Topita y ponerlo al tanto de la situación. El general Topita era alto y flaco como un mástil, usaba anteojos oscuros y siempre estaba bronceado. Tenía cuatro hijas y una mujer que había sido vedette en una revista de la calle Corrientes. Topita la conoció una noche después de una función y se la llevó a Córdoba para siempre. Era un estratega y hacía lo que quería. Por eso después de escuchar a Osorio no dijo nada. Le cortó sin decirle nada. Osorio quedó desencajado. Pensó que se había arrebatado en llamarlo. Era solo para cosas urgentes, le había dicho una vez. Dos horas después, Osorio recibió un llamado del general con todas las instrucciones que debía seguir. Las cartas estaban echadas.

Osorio invitó a almorzar a Briceño a una pizzería atrás del Correo. Le contó que se estaba armando una división especial que necesitaba gente de confianza. Y le dijo que si bien sabía de su interés tenía que pasar dos filtros: el primero era el familiar, ninguno de su familia tendría que oponerse o saber. El segundo era un entrenamiento previo al viaje al sur en la isla Martín García. Si aguantaba el aislamiento podía participar en esta división especial. Briceño se comió la pizza con ansiedad y a todo le decía que sí y todo le parecía un sueño. Tenés dos días para pensarlo porque el jueves sale el primer grupo, dijo sabiendo que Briceño no tenía que pensar nada.

Las cosas sucedieron muy rápido. El jueves por la madrugada una camioneta del ejército pasó a buscar a Briceño por su departamento de Congreso. De ahí viajaron a Villa Elisa donde se sumaron Osorio y la vieja.

La vieja con cara de sapo iba adelante, llevaba cosas, siempre llevaba cosas encima. Osorio parecía un extraño. Además, había un gesto filoso, un modo de indicar las cosas que había borrado el tono amistoso del changuito tucumano. La camioneta cruzó Berisso y se metió en el predio de la YPF.

Los fosforitos ardían un fuego permanente. Ahí tomaron una lancha militar.

Amanecía cuando empezaron a ver la distancia de la costa. Un color

anaranjado ardía en el lomo del río. Y del otro lado las sombras de una ciudad muda. Como su nombre de guerra, pensó Briceño. Después de una hora de viaje, con la mañana ya instalada, atracaron en el muelle de la isla.

Briceño estaba un poco mareado pero se contuvo. La que empezó a vomitar ni bien pisaron tierra fue la vieja. Se quedó en la orilla, sola, mojándose la cara. El silencio de la isla a esa hora era absoluto. Las callecitas abandonadas y el puñado de casas desplegadas a la vera del camino. Se alojaron en el viejo edificio de la cárcel. Las instrucciones eran bien claras: Briceño tenía que pasar como mínimo una semana en la isla. Osorio le entregó un bolso con ropa militar y le dio una serie de indicaciones: Tenés que hacer guardia a lo largo de aquella costanera. Al amanecer y al atardecer. Si ves algún movimiento extraño, avisás por la radio de inmediato: pero no podés llamar por cualquier pavada. Solo si es una urgencia, ¿entendido? Y Briceño se cuadró e hizo la venia. Pero tenía un par de dudas. La sombra de la soledad lo empezó a angustiar, como cuando el celador Macaya lo amenazaba con hacerlo pasar toda la noche solo en el taller de hojalatería. La otra duda era si le iban a entregar un arma. ¿Cómo iba a hacer guardia desarmado? Se atrevió a preguntarle a Osorio por el arma cuando lo acompañó a la lancha, Osorio volvía a Buenos Aires: ¿Y el arma?, dijo. Ester te va a decir dónde está el arsenal. La lancha se fue alejando. Osorio se volvió un punto neblinoso. Briceño entendió que detrás suyo, bajo el arco de lo que fue la cárcel, quedaba la silueta de la vieja esperándolo.

El plan del general Topita estaba trazado en una semana para cumplir el primer objetivo: cobrar. El segundo objetivo era de mediano plazo: recuperar como mínimo Córdoba. Cien mil dólares fue lo que exigió. Para Osorio ese fue un error porque era mucha guita y no había margen de maniobra. Pero el general Topita era el que daba las órdenes. Y así lo hicieron. El doctor Briceño reaccionó tratando de ganar tiempo y de desplegar todos los contactos posibles para entender lo que estaba pasando.

Pero después de su rechazo al puesto de subsecretario y con la guerra de por medio ni siquiera el general Machuff le prestó atención. No había otra opción que negociar con los secuestradores. Y así lo hizo. Pero en el medio de la negociación recibía llamados en la madrugada con gritos grabados, le decían que era su hijo, que si no pagaba lo mataban. Osorio era el

encargado de esos llamados. De ablandar la postura del doctor. Finalmente llegaron a un monto: cuarenta mil dólares. Era todo lo que

tenía el doctor.

Un viernes a las cuatro de la mañana cruzó la ciudad en auto. Tenía que dejar el bolso en Hernandarias y California, en la esquina que tenía una pintada que decía Las Malvinas son argentinas. El doctor fue solo. Se quedó un rato arriba del auto mirando el dibujo de las islas, parecían dos alas exageradas. Así lo había hecho el pintor dándole un ribete mágico a un asunto que, para el doctor, era puro ruido. Si tuviéramos las Malvinas nadie querría ir ahí a laburar por la patria. Sería una isla llena de borrachos y contrabandistas, pensaba apretando el bolso con los dólares antes de bajar del auto, antes de dejarlo contra la pared.

La orden que había recibido de Osorio era que no entrara en contacto con los pocos lugareños. Briceño comenzó a aplicar su nombre de guerra. Y

no hablaba ni siquiera con la vieja. La vieja le cocinaba y cuando se emborrachaba en la noche trataba de meterse en la misma cobija que Briceño. Pero Briceño la espantaba apuntando con el fusil. Solo tenía tres balas y las cuidaba como un tesoro. Cuando se quedaron sin comida empezaron a deambular por la isla. Intentaron pescar. Disparó para cazar algún animal. A pesar de ser un buen tirador perdió dos balas. El invierno los atravesó con toda su humedad. Una mañana la vieja durmió más tiempo del habitual. Briceño se dio cuenta de que estaba helada. La enterró en la orilla del río. Antes de taparla volvió a pensar que tenía cara de sapo. Era un gesto seco y arrugado el que le provocaba ese efecto. Ese día dio una vuelta completa a la isla y finalmente se sentó en el mismo lugar donde habían desembarcado con Osorio. Se sentó ahí, sobre una piedra mirando el horizonte con el fusil en la mano: le quedaba una sola bala en la recámara.

Cada tanto, en el fondo, detrás de la niebla, se le dibujaba un espejismo, parecía una ciudad, parecía Buenos Aires que se agrandaba y desaparecía, que se acercaba y se alejaba misteriosamente, como si fuera el ejército enemigo.

Document Outline

- Cover Page
- Dedicatoria
- I
- La tormenta
- La curva
- Pie sucio
- Y a los perros también
- Febrero
- Caballo
- II
- Los ladrones
- El origen de la tos
- Ejército enemigo